

¿Qué sucede después de la muerte?

Este folleto no es para la venta.

Es una publicación de la Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*,
que se distribuye gratuitamente.

©2011, 2014 Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*. Todos los derechos reservados.

Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

El lector notará el uso del término *el Eterno* en lugar del nombre *Jehová* que aparece en algunas ediciones de la Biblia. La palabra *Jehová* es una adaptación inexacta al español del nombre hebreo YHWH, que en opinión de muchos eruditos está relacionado con el verbo ser. En algunas Biblias este nombre aparece traducido como *Yahveh*, *Yavé*, *Señor*, etc.; en nuestras publicaciones lo hemos sustituido con la expresión *el Eterno*, por considerar que refleja más claramente el carácter imperecedero e inmutable del “Alto y Sublime, el que habita la eternidad” (Isaías 57:15).

Contenido

Introducción	3
El portentoso milagro de la vida	4
El misterio de la muerte	7
La promesa de la resurrección	18
Cómo la vida eterna finalmente será ofrecida a toda la humanidad	28
Las etapas del duelo	46
La vida eterna vencerá a la muerte	52

Recuadros especiales

¿Enseña la Biblia que tenemos un alma inmortal?	10
La historia de la enseñanza del alma inmortal	12
Las experiencias 'después de la muerte'	15
El plan divino de salvación	16
La creencia en el cielo: una idea anterior al cristianismo	20
Palabras de ánimo	23
¿Quiénes componen la 'multitud' que está en el cielo?	24
¿Esperaba el apóstol Pablo subir al cielo?	26
Lo que la Biblia dice acerca del 'infierno'	32
¿Serán atormentados eternamente los impíos?	35
¿Serán castigados los impíos en un infierno que nunca se extinguirá?	38
¿Serán algunos torturados para siempre en el lago de fuego?	41
Lázaro y el hombre rico: ¿Prueba del cielo y el infierno?	44
¿Cómo podemos ayudar a los enlutados?	49

Introducción

Un conductor ebrio pierde el control de su automóvil y se estrella de frente contra una camioneta, matando a toda una familia. Una madre muere de cáncer mamario, dejando a varios niños huérfanos y a un esposo desconsolado. Un niño de tierna edad fallece a consecuencia de una enfermedad congénita. Una dulce anciana muere mientras duerme. Un adolescente desesperado y deprimido comete suicidio.

La vida es muy preciosa; sin embargo, ¡la muerte nos rodea por todas partes! Nadie quiere morir, y no queremos que mueran nuestros seres amados. Si pudiéramos predecir la muerte, tal vez ésta sería diferente, pero es tan caprichosa e inconsistente, que su llegada siempre nos parece injusta.

El instinto de preservación es muy fuerte. Con el fin de conservarnos jóvenes, seguimos con ahínco dietas y programas especiales de ejercicio. En sus esfuerzos por evitar la muerte, la ciencia médica busca afanosamente los genes responsables del envejecimiento. Algunas personas incluso disponen que sus cadáveres sean congelados, con la esperanza de poder ser resucitados cuando finalmente se descubra la cura para la enfermedad que les causó la muerte.

A pesar de todos nuestros esfuerzos por evitarla, la *muerte* continúa siendo una cosa segura en nuestras vidas. Tal vez llegue en nuestra ancianidad, o como resultado de una enfermedad, un accidente o un acto violento. De cualquier manera, todos moriremos, sin importar si somos pobres o ricos, hombres o mujeres, buenos o malos, o cuáles son nuestras creencias personales.

Por su parte, ni los científicos ni los médicos pueden decirnos qué ocurre después de la muerte. La vida tiene demasiados aspectos intangibles y escurridizos como para ser medidos y estudiados. Los filósofos tienen diferentes opiniones al respecto y no han logrado ponerse de acuerdo.

También difieren los religiosos. Por lo general, las iglesias cristianas tradicionales enseñan que todas las almas de los muertos continúan viviendo en un lugar o una condición que puede ser el cielo, el purgatorio o el infierno. Por otro lado, muchas personas que no son cristianas creen en la reencarnación o transmigración de las almas después de la muerte. Otros creen que no hay nada después de la muerte y que lo único real es esta existencia física.

¿Qué es lo que sucede *realmente* después de la muerte? ¿Por qué tenemos que morir? ¿Cómo podemos saber si hay vida después de la muerte? ¿Dónde podemos encontrar respuestas verdaderas y confiables?

Solamente el Creador omnipotente puede revelarnos el propósito de la vida y en qué condición están los muertos. Si buscamos en la Palabra de Dios, podemos hallar muchas respuestas a nuestros interrogantes acerca de la vida y la muerte. Estudiemos lo que nuestro Dios y Creador nos dice acerca de estos temas. ¡Lo que la Biblia nos revela puede inspirarnos y sorprendernos!

El portentoso milagro de la vida

Si queremos entender la muerte, es necesario que primero entendamos *qué es la vida*. Los grandes pensadores del mundo, entre ellos los filósofos griegos Platón, Aristóteles y Sócrates, se han enfrentado a este interrogante.

Además, muchos científicos y teólogos han dedicado toda su existencia a la búsqueda de la respuesta del misterio de la vida.

Pero solamente Dios, el Creador de la vida, nos puede dar las respuestas que necesitamos tan desesperadamente. Para poder entender, vayamos al *principio de todo*.

La religión, la filosofía y la ciencia reconocen que la vida física tuvo un comienzo. Muchos suponen que la vida evolucionó durante millones de años. Sin embargo, la Biblia nos revela la existencia de un Dios que declara ser el Creador de toda la vida y quien hizo al hombre con un gran propósito. Por medio de su Palabra, Dios nos responde los interrogantes más grandes e importantes de la vida.

Muchas personas conocen el relato del Génesis, el primer libro de la Biblia. El nombre *Génesis* significa simplemente “el principio” o “los orígenes”. En este libro Dios nos revela el origen de todas las formas de vida que existen en la Tierra.

La diferencia entre los seres humanos y los animales

Veamos lo que Dios dice en Génesis 1:26 acerca de la vida humana: “Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre *a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza*; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra”. Otras formas de vida fueron creadas como ayuda para el hombre en el transcurso de su existencia, pero Dios creó al hombre con un propósito extraordinario.

El género humano es la única parte de la creación que ha sido hecha a imagen y semejanza de Dios. Los únicos seres físicos que han sido creados por Dios con la capacidad de tomar decisiones, planear y crear son los seres humanos. En lugar de crearnos con instintos, como lo hizo con los animales, Dios nos dotó de intelecto y de la capacidad de pensar, aprender, razonar, comunicarnos y producir.

El cerebro humano es muy similar al de algunos animales, pero noso-

tros tenemos muchísimos más talentos y habilidades. La Biblia nos revela que la diferencia entre la mente humana y el cerebro animal es la esencia espiritual que Dios nos ha dado a nosotros: “Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino [por] el espíritu del hombre que está en él?” (1 Corintios 2:11; ver Job 32:8; Zacarías 12:1).

Todavía nos falta algo

El apóstol Pablo escribió acerca del “*espíritu del hombre*” como el elemento que nos hace intelectualmente superiores a los animales; es la diferencia fundamental que existe entre ellos y nosotros. Nuestra capacidad de pensar, de entender y de conocer “las cosas del hombre” se debe a este espíritu.

Fuimos creados con ciertas capacidades intelectuales que, en forma muy limitada, se parecen a las de Dios (Génesis 1:26). Éstas nos permiten inventar idiomas escritos, desarrollar habilidades en matemáticas y



La Biblia nos revela la existencia de un Dios que declara ser el Creador de todo lo que existe y quien hizo al hombre con un gran propósito. Por medio de su Palabra, Dios nos responde los interrogantes más grandes e importantes de la vida.

en ciencias, construir civilizaciones, aprender del pasado y hacer planes para el futuro.

Cuando Dios sopló el “aliento de vida” en Adán (Génesis 2:7), le dio algo más que una existencia física como la de los animales: le impartió la esencia espiritual e intelectual que le da a la mente humana sus maravillosos talentos y capacidades.

Pero como también dijo el apóstol Pablo, algo nos hace falta todavía: “Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino [por] el Espíritu de Dios” (1 Corintios 2:11). Pablo estaba refiriéndose a otro espíritu: al Espíritu de Dios.

Continuemos leyendo en el versículo 12: “Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino *el Espíritu que proviene de Dios*, para que *sepamos* lo que Dios nos ha concedido”. El entendimiento espiritual, que va mucho más allá de las capacidades naturales de la mente humana, solamente puede provenir de la ayuda, poder e influencia del Espíritu Santo.

El apóstol agregó en el versículo 14: “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente”. Como veremos más adelante, para poder conocer y entender cabalmente el propósito de nuestra vida es imprescindible que tengamos *un vínculo espiritual con Dios*.

El hombre fue creado con un propósito especial

Dios creó a los seres humanos con una dimensión espiritual, porque el propósito que tiene para ellos no es el mismo que tiene para las plantas y los animales. ¡Muchos pasajes de la Biblia nos revelan claramente que la vida humana *es una preparación para la vida espiritual, eterna e inmortal!*

La voluntad y el designio de Dios es que “todo aquel que en él [Jesucristo] cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, *mas tenga vida eterna*” (Juan 3:15-16).

Jesucristo tiene “potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos” los que Dios le ha dado (Juan 17:2).

En Romanos 2:6-7 leemos que Dios “pagará a cada uno conforme a sus obras: vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad”. Y en Tito 1:2 se nos dice que nosotros tenemos “la esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no miente, prometió desde antes del principio de los siglos”.

Los seres humanos han sido creados con el propósito de que más adelante reciban *la vida eterna*.

Resumen

El Creador y sustentador de la vida es Dios. Él creó la vida humana en un plano distinto al de las plantas y los animales porque tiene un propósito superior para nosotros. Nuestra existencia nos permite tener ideales, experiencias y relaciones que en algunos momentos son placenteros y en otros, muy difíciles. Pero el verdadero propósito de nuestras vidas va más allá de la simple satisfacción de nuestras necesidades y el logro de nuestras metas diarias.

(Si usted desea conocer más acerca del increíble propósito de la vida humana, no vacile en solicitarnos un ejemplar gratuito del folleto *¿Por qué existimos?* a la dirección más cercana a su residencia, o en descargarlo de nuestro portal de Internet iduai.org. Esta publicación explica claramente, con base en las Escrituras, el plan y el propósito que Dios tiene con todos los seres humanos.)

Después de analizar brevemente el significado de la vida, examinemos el papel que desempeña la muerte en el plan de Dios. ¿Qué ocurre cuando morimos? ¿Qué esperanza tenemos después de la muerte?

El misterio de la muerte

La muerte es un acontecimiento aterrador y, a menudo, traumático. Para colmo, en ocasiones es precedida por mucho sufrimiento, ya sea por envejecimiento, enfermedad o accidentes. Con frecuencia la muerte nos toma por sorpresa y nos deja anonadados. Cuando un ser querido fallece, sus familiares y amigos sufren mucho por su pérdida. La Biblia se refiere a la muerte como “el postrer enemigo que será destruido” (1 Corintios 15:26), y en Hebreos 2:15 se nos habla acerca del “temor de la muerte” que experimentan los seres humanos. La muerte continúa siendo uno de los grandes misterios de la vida.

Las religiones ofrecen toda clase de respuestas, algunas sensatas, otras no; y cuando las explicaciones se contradicen entre sí, aumentan la confusión y la incertidumbre acerca de lo que sucede después de la muerte. Muchos enseñan que tenemos un alma inmortal, la cual continúa consciente en un estado de felicidad o tormento después de la muerte del cuerpo. Otros esperan la reencarnación para volver a vivir como otra persona o un animal.

¿Podemos saber qué es exactamente la muerte? ¿Somos almas inmortales? ¿Seguimos estando conscientes después de morir? ¿Vamos a algún lugar para recibir nuestra recompensa o nuestro castigo? ¿Qué sucederá realmente cuando muramos?

Para responder satisfactoriamente a estos interrogantes, es necesario que



Con frecuencia la muerte nos toma por sorpresa y nos deja anonadados. Cuando un ser querido fallece, sus familiares y amigos sufren mucho por su pérdida.

examinemos la historia bíblica de los primeros seres humanos. Dios instruyó personalmente a Adán y a Eva, pero ellos le desobedecieron. Cediendo a la influencia engañadora de Satanás, nuestros primeros padres decidieron hacer

su propia voluntad en lugar de obedecer las instrucciones que Dios les había dado. Debido a esto, Dios les dijo que sus vidas serían muy difíciles, y que tal como ya les había advertido, morirían. Dios le dijo a Adán: “Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y *al polvo volverás*” (Génesis 3:19).

Puesto que nuestra vida es física y transitoria, nos envejecemos y finalmente morimos. Al igual que Adán y Eva, todos volveremos a la tierra. Salomón lo expresó sabiamente cuando dijo: “[Hay] tiempo de nacer, y tiempo de morir” (Eclesiastés 3:2). La naturaleza nos enseña claramente que, tarde o temprano, cesan los procesos vitales y los restos físicos se descomponen.

Después de analizar el ciclo de la vida, Salomón concluyó que Dios “ha puesto eternidad en el corazón” del hombre (v. 11). Sabiendo que la muerte es inevitable, buscamos un significado más profundo de la vida.

¿Qué es el alma?

Gran parte de la confusión que existe con respecto a la muerte tiene su origen en los conceptos erróneos acerca de la palabra “*alma*”. ¿Qué es el alma? ¿Existe realmente? Si existe, ¿es algo independiente del cuerpo? ¿Sigue viviendo después de la muerte?

Un buen punto de partida para nuestro estudio de este tema es la palabra hebrea *nefesh*, la cual se traduce frecuentemente en la versión Reina-Valera, revisión de 1960, como “ser viviente”, “alma” o “animal”. La palabra *nefesh* significa sencillamente “un ser que respira”, y a veces tiene un significado adicional, que es el aliento de vida de una persona.

Como ya mencionamos, *nefesh* se refiere tanto a los seres humanos como a los animales. Veamos por ejemplo el relato acerca de la vida marina: “Y creó Dios los grandes monstruos marinos, y todo ser viviente [*nefesh*] que se mueve, que las aguas produjeron según su género, y toda ave alada según su especie. Y vio Dios que era bueno” (Génesis 1:21).

Estudiemos ahora cómo se aplica la palabra *nefesh* cuando en las Escrituras se usa para referirse a los seres humanos. En 1 Corintios 15:45 leemos lo siguiente: “Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente . . .”. Esta es una cita de Génesis 2:7, el primer pasaje en el que aparece *nefesh* para referirse al hombre: “Entonces el Eterno Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente [*nefesh*]”.

Es importante notar que ninguno de estos versículos dice que Adán *tiene* un “alma”. Antes bien, desde el momento en que Dios sopló en su nariz “aliento de vida”, Adán *se convirtió* en un “ser” o “alma” viviente. Cuando al final de sus días este aliento de vida se acabó, Adán murió y volvió al polvo de la tierra. Su vida y conciencia cesaron completamente en el momento de

su muerte.

Con base en estos hechos, podemos ver que el “alma” (*nefesh*) no es inmortal, porque muere. Esto es muy claro en la Biblia. El profeta Ezequiel escribió: “He aquí que todas las almas son mías; como el alma del padre, así el alma del hijo es mía; el alma que pecare, esa morirá” (Ezequiel 18:4; ver también el v. 20). La palabra traducida aquí como “alma” es *nefesh*. Lo que este versículo dice muy claramente es que *el alma está sujeta a la muerte*; por lo tanto, no puede ser inmortal.



¿Qué sucede después de la muerte?

Acerca de la muerte se han tejido

En el Antiguo Testamento el hombre es descrito como “alma” más de 130 veces. Pero este mismo vocablo hebreo se aplica también a las criaturas marinas, aves y animales terrestres, incluyendo el ganado y seres vivos “que se arrastran”, tales como reptiles e insectos. Todos ellos son “almas.”

toda clase de conjeturas y especulaciones. Muchas personas disfrutan las películas de terror en las que aparecen fantasmas y seres espeluznantes de ultratumba. El tema principal de algunos programas de televisión y de varias películas son las apariciones de ángeles enviados a la Tierra con el propósito de cumplir ciertas misiones especiales, o de rescatar a personas que se encuentran en situaciones difíciles. Los niños se entretienen con dibujos animados de animales que van al cielo y también contemplan las travesuras de simpáticos fantasmas.

Por otro lado, muchos grupos religiosos enseñan que la persona recibe su premio o su castigo inmediatamente después de la muerte; pero lo que ocurre en realidad es completamente diferente. No hay tal cosa como espíritus de personas muertas que vagan errantes por todos lados, vengándose de los vivos, asustándolos, ni mucho menos ayudándolos.

La Biblia en ninguna parte dice que los muertos van a vivir para siempre en un “cielo” o en un “infierno”. Según Salomón, cuando los hombres y los animales mueren, comparten un destino común, “porque lo que sucede a los hijos de los hombres, y lo que sucede a las bestias, un mismo suceso es: como

mueren los unos, así mueren los otros . . . Todo va a un mismo lugar; todo es hecho del polvo, y todo volverá al mismo polvo” (Eclesiastés 3:19-20).

Daniel se refirió a la condición de los muertos en una de sus profecías: “Muchos de los que *duermen en el polvo de la tierra* serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua” (Daniel 12:2). Según estas palabras, los muertos se comparan con los que duermen. La Biblia hace una analogía entre la muerte y el sueño; según ella, los muertos están dormidos en sus tumbas y sumidos en una inconsciencia total. ¿Cómo podrían entonces estar mirándonos desde las alturas del cielo o desde las profundidades del infierno?

Salomón dijo que “los que viven saben que han de morir; pero los muertos *nada saben* . . .” (Eclesiastés 9:5). La persona que ha muerto está completamente inconsciente y no se da cuenta de nada de lo que ocurre.

La vida es transitoria

El patriarca Job sabía del carácter transitorio de la vida. El hombre “sale como una flor y es cortado, y huye como la sombra y no permanece” (Job 14:2). Refiriéndose a las limitaciones físicas del ser humano, dice:

¿Enseña la Biblia que tenemos un alma inmortal?

Algunos creen que ciertos pasajes de las Escrituras respaldan la creencia de un alma inmortal. Estudiemos detenidamente tres de estos pasajes para ver lo que dicen en realidad.

Mateo 10:28: “No temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno”.

En este versículo se nos dice claramente que el alma puede ser destruida. Al advertirnos acerca del juicio de Dios, Jesús nos dice que no debemos temer a aquellos que pueden destruir únicamente el cuerpo físico (*soma*, en griego), pero que sí debemos temer a Dios, quien es capaz de destruir también el alma (*psyjé*).

En términos sencillos, lo que Cristo está enseñando es que cuando un hombre mata a otro, el resultado es una muerte temporal; Dios tiene el poder para traer a esa persona nuevamente a la vida, bien sea en esta época (ver Mateo 9:23-25; 27:52; Juan

11:43-44; Hechos 9:40-41; 20:9-11) o en el futuro. Debemos reverenciar a Dios, quien es el único que puede quitar no solo la vida física sino también toda posibilidad de una futura resurrección. Cuando Dios destruye a alguien en el “infierno” (*gehenna* en griego), lo destruye para siempre.

¿Cuál es el infierno al que se refiere este versículo? La palabra griega *gehenna* se deriva de dos palabras hebreas: *ge* e *hinnom*, lo que significa “el valle de Hinom”. El término se refería originalmente a un barranco al sur de Jerusalén donde se efectuaba el culto a dioses paganos. Como este lugar tenía la reputación de ser un lugar abominable, más tarde se convirtió en el sitio donde se quemaban la basura y los desechos. *Gehenna* era sinónimo de “lugar de incineración”.

Solo Dios puede destruir totalmente la existencia de un ser humano y quitarle incluso la esperanza de resucitar. En la Biblia él nos revela que en el futuro enviará un fuego que consumirá totalmente a los malvados y los reducirá a cenizas (Malaquías 4:3).

“Ciertamente sus días están determinados, y el número de sus meses está cerca de ti; le pusiste límites, de los cuales no pasará” (v. 5).

Job define muy bien la cruda realidad de la muerte: “Así el hombre yace y no vuelve a levantarse; hasta que no haya cielo, no despertarán, ni se levantarán de su sueño” (v. 12). Job entendió muy claramente que la muerte era la ausencia total de la vida y de la conciencia.

Recordemos que en Génesis 2:17 Dios advirtió a Adán y a Eva que si lo desobedecían y tomaban del árbol de la ciencia del bien y del mal, estarían condenados a morir. En Génesis 3:4 vemos que la serpiente (Satanás) le aseguró a Eva que si ella tomaba del fruto de ese árbol, no moriría. En términos sencillos, Dios dijo que el hombre era mortal y por eso moriría. Satanás contradijo a Dios y afirmó que el hombre no moriría.

¿No es sorprendente que al aceptar la doctrina de la inmortalidad del alma, el hombre esté dispuesto a creer lo que Satanás enseña en lugar de creerle a Dios? En realidad no debiera sorprendernos, ya que según Apocalipsis 12:9, Satanás “engaña al mundo entero”, y ciertamente ha logrado engañar al mundo entero con respecto a lo que ocurre después de la muerte.

La parte de la Biblia que fue escrita en hebreo, llamada comúnmente

1 Tesalonicenses 5:23: “El mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo”.

¿Qué quiso decir el apóstol Pablo cuando mencionó “espíritu, alma y cuerpo”?

Con “espíritu” (*pneuma*), Pablo se refería a la mente humana, que nos da la capacidad de razonar, de crear y de analizar nuestra existencia. Con “alma” (*psyjē*), Pablo estaba hablando acerca de la vida física y consciente. “Cuerpo” (*soma*) tiene que ver con la carne, el cuerpo físico. Pablo deseaba que toda la persona —su mente, su energía vital y su cuerpo físico— fuera santificada y sin mancha.

Apocalipsis 6:9-10: “Cuando abrió el quinto sello, vi bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían. Y clamaban a gran voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra?”

Si queremos entender este pasaje es necesario que analicemos el contexto. El apóstol Juan, estando “en el espíritu” (Apocalipsis 4:2), estaba contem-

plando una visión. Así, bajo inspiración, él vio simbolizados sucesos que ocurrirían en el futuro. El quinto sello describe en lenguaje figurado un tiempo de tribulación y angustia sin precedentes que ocurrirá antes del regreso de Cristo. En esta visión Juan vio bajo el altar las almas de aquellos que habían sido martirizados a causa de su fe en Dios. Simbólicamente, estas almas clamaban a Dios que los vengara; esto puede compararse con la “voz” de la sangre de Abel que, simbólicamente también, “clamaba” a Dios desde la tierra (Génesis 4:10). Aunque ni las almas ni la sangre pueden hablar realmente, estas frases demuestran que el Dios de justicia no olvida las malas obras que se han cometido en contra de sus fieles seguidores.

Este versículo no se refiere a almas vivientes que han ido al cielo. La Biblia confirma que “*nadie subió al cielo*, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre [Jesucristo], que está en el cielo” (Juan 3:13). Aun el rey David, un hombre conforme al corazón de Dios (Hechos 13:22), fue descrito por el apóstol Pedro como alguien “que murió y fue sepultado” (Hechos 2:29); no dijo que estuviera vivo en el cielo o en ningún otro lugar o condición (v. 34).

Antiguo Testamento, nos enseña que en el momento de la muerte el alma deja de existir. No se queda viviendo en ninguna otra condición; no transmigra ni se reencarna. Simplemente *muere*.

¿Qué nos enseña el Nuevo Testamento?

El apóstol Santiago también entendió el carácter *transitorio* de la vida y

La historia de la enseñanza del alma inmortal

Hemos mencionado varias veces la expresión *alma inmortal*. Sin embargo, en la Biblia no aparece esta expresión por ninguna parte. Conviene preguntar entonces en dónde se originó esta idea.

El concepto de la supuesta inmortalidad del alma comenzó en el antiguo Egipto y Babilonia. “La creencia de que el alma continúa existiendo después de la desaparición del cuerpo es . . . especulación . . . Las Sagradas Escrituras no enseñan este concepto . . . Los judíos conocieron la creencia de la inmortalidad del alma debido al contacto con el pensamiento griego, especialmente por medio de la filosofía de Platón, su principal exponente; éste a su vez la tomó de los misterios órficos y eleusinos, una extraña mezcla de los conceptos babilónicos y egipcios” (*Jewish Encyclopedia* [Enciclopedia judía], 1941, vol. VI, pp. 564, 566).

El filósofo griego Platón, que vivió del 428-348 a.C., fue discípulo de Sócrates y enseñaba que en el momento de la muerte el cuerpo y el “alma inmortal” se separaban. En cambio, el antiguo pueblo de Israel tenía una perspectiva muy diferente: “En mayor o menor grado, ha influido en todos nosotros el concepto griego, de Platón, acerca de que el cuerpo muere pero el alma es inmortal. Esta idea es absolutamente contraria al conocimiento de los israelitas y no se encuentra en ninguna parte del [Antiguo Testamento]” (*The International Standard Bible Encyclopædia* [Enciclopedia internacional general de la Biblia], 1956, vol. II, p. 812).

Los primeros cristianos proclamaron el evangelio al mundo grecorromano, pero al mismo tiem-

po la mayor parte del cristianismo fue recibiendo la influencia de los filósofos griegos. Como resultado, para el año 200 la iglesia establecida sostuvo una controversia acerca de la inmortalidad del alma.

Uno de los que recibieron la influencia de los pensadores griegos fue el conocido exégeta y teólogo Orígenes: “Las especulaciones acerca del alma que existían en la iglesia posapostólica se debieron en gran parte a los conceptos de la filosofía griega. Esto es evidente porque Orígenes aceptó la doctrina de Platón acerca de que el alma había preexistido como una mente pura (*nous*) y que después, por haber caído de la gracia de Dios, se enfrió y se convirtió en el alma (*psyjé*) cuando, debi-



El filósofo griego Platón enseñaba que en el momento de la muerte el cuerpo y el “alma inmortal” se separaban.

do a su mundanidad, dejó de participar del fuego divino” (*Evangelical Dictionary of Theology* [Diccionario evangélico de teología], 1992, p. 1037).

La historia secular nos demuestra que el concepto de la inmortalidad del alma es muy antiguo y está ligado a muchas religiones paganas. No es una enseñanza bíblica, ni hebrea, ni apostólica.

la comparó con la neblina: “. . . no sabéis lo que será mañana. Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece” (Santiago 4:14). En otra epístola que también hace referencia a este tema, encontramos que “está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio” (Hebreos 9:27).

La palabra griega que se usa en el Nuevo Testamento para designar la vida o la vitalidad de la existencia física es *psyjé*, cuyo significado es parecido al de la voz hebrea *nefesh*. Acerca de *psyjé* podemos leer que “originalmente quería decir aliento, el aliento de la vida. Por consiguiente, el significado original de *psyjé* es impersonal: el aliento que le da vida al hombre” (*The New International Dictionary of New Testament Theology* [Nuevo diccionario internacional de la teología del Nuevo Testamento], vol. 3, p. 676). En 1 Corintios 15:45, donde el apóstol Pablo hace referencia a Génesis 2:7, leemos: “Fue hecho el primer hombre Adán alma [*psyjé*] viviente; el postrer Adán [Jesucristo], espíritu vivificante”. En este versículo el apóstol no solo emplea *psyjé* como equivalente directo de *nefesh*, sino que también hace un contraste entre lo físico y lo espiritual (vv. 42-54).

Ambas palabras —*nefesh* en hebreo y *psyjé* en griego— transmiten el concepto de que el hombre es un ser *viviente* que puede morir. Al respecto, Cristo enseñó: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida [*psyjé*], la perderá; y todo el que pierda su vida [*psyjé*] por causa de mí, la hallará. Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma [*psyjé*]? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma [*psyjé*]?” (Mateo 16:25-26).

La palabra *psyjé* aparece cuatro veces en este pasaje y es traducida indistintamente como “vida” y “alma”. Lo que Cristo estaba diciendo sencillamente era que seguirlo a él y seguir su mensaje era más importante que la vida misma. ¿Qué tendría de bueno el hecho de que uno ganara todo en el mundo y después perdiera su vida? Jesús sabía que el hombre es mortal, con una existencia temporal que puede perder o sacrificar por algo de menor valor.

Lo que enseñó el apóstol Pedro

¿Qué enseñaron los primeros discípulos de Cristo acerca de la muerte? En el libro de los Hechos podemos encontrar el primer sermón que dio el apóstol Pedro, en el que habló acerca del rey David y cómo aguardaba, en un estado de total inconsciencia, el momento de la resurrección.

“Varones hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy. Pero siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se

sentase en su trono, viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo, que su alma [psyjé] no fue dejada en el Hades [el sepulcro], ni su carne vio corrupción. A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís. Porque *David no subió a los cielos . . .*” (Hechos 2:29-34).

Si alguien distinto al Padre y a Jesucristo pudiera estar en los cielos, éste seguramente sería el rey David, un



Para describir la muerte, Pablo, al igual que el profeta Daniel, la comparó con el sueño, lo cual se asemeja a un estado de total inconsciencia.

hombre conforme al corazón de Dios (Hechos 13:22; 1 Samuel 13:14). Pero según lo que nos dice Pedro, David está muerto y enterrado, de manera que su esperanza, al igual que la nuestra, reside en que volvamos a vivir por la muerte de Jesucristo y la *resurrección* que él ha hecho posible.

Las enseñanzas de Pablo

El apóstol Pablo también habló acerca de la muerte. En su primera carta a los corintios comparó la condición de los muertos con los que duermen: “Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos *duermen*” (1 Corintios 11:30). En la congregación de Corinto había muchos débiles y enfermos, e incluso muchos habían fallecido. Para describir la muerte, Pablo, al igual que el profeta Daniel, la comparó con el *sueño*, lo cual se asemeja a un estado de *total inconsciencia*.

Pero esto no es todo. Más adelante, en la misma epístola, el apóstol escribió: “He aquí, os digo un misterio: *No todos dormiremos; pero todos seremos transformados*” (1 Corintios 15:51). ¿En qué momento ocurrirá esta transformación? No en el momento de la muerte, sino “a la final trompeta” (v. 52).

Pablo no solamente comparó la muerte con el estado de inconsciencia del que duerme, sino que afirmó claramente que todos somos mortales, perecederos, y que para recibir la vida eterna primero tenemos que ser transformados en inmortales e *indestructibles*: “Es necesario que esto co-

rruptible se vista de incorrupción, y *esto mortal se vista de inmortalidad*. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria” (vv. 53-54).

A la congregación en la ciudad de Tesalónica también le escribió un mensaje parecido: “Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca *de los que duermen*, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús *a los que durmieron en él*” (1 Tesalonicenses 4:13-14). Nuevamente, la muerte se describe como un estado de inconsciencia, semejante al sueño.

Es el espíritu del hombre un alma inmortal?

De acuerdo con lo que estudiamos anteriormente, la mente humana tiene un aspecto espiritual que es lo que le confiere su capacidad intelectual (ver

Las experiencias ‘después de la muerte’

De vez en cuando, algunas revistas y periódicos relatan la historia de alguien que supuestamente volvió a vivir después de estar muerto, y al recuperar la conciencia cuenta lo que experimentó. En algunos casos excepcionales, la experiencia parece contradecir los numerosos pasajes bíblicos que nos hablan acerca de la muerte. ¿Puede ser esto posible?

La premisa de la cual se parte es que la persona realmente murió. En verdad, muchos de ellos han sido declarados “clínicamente muertos”. Sin embargo, de la misma manera que la ciencia no ha comprendido en su totalidad la vida, tampoco ha entendido cabalmente la muerte. Los médicos y científicos no están de acuerdo en qué es lo que constituye la “muerte”.

Hay casos en que la persona entra en estado de coma y, aunque su mente ya no funciona, el resto del organismo se mantiene funcionando por años. Algunas personas que han sufrido un paro cardíaco o paro respiratorio han sido “resucitadas” sin que hayan sufrido un daño cerebral u otros efectos permanentes.

La muerte es descrita por la Biblia como un estado de total inconsciencia, sin ninguna clase de conocimiento o percepción (Salmos 6:5; Eclesiastés 9:5, 10). Si aceptamos lo que

la Biblia nos dice acerca de la muerte, nos daremos cuenta de que aquellas personas que dicen haber regresado de la muerte no estaban muertas. Tal vez algunos órganos, como el corazón, hayan dejado de funcionar, pero la actividad cerebral no había cesado completamente.

Según algunas investigaciones, se ha descubierto que el sistema nervioso de los seres humanos funciona principalmente por medio de impulsos eléctricos. El cerebro necesita sangre y oxígeno para poder funcionar; por lo tanto, cuando la respiración y la circulación son alteradas o interrumpidas, el funcionamiento cerebral comienza a alterarse también. Si estas funciones se interrumpen de una manera prolongada, el cerebro deja de funcionar.

Para algunos investigadores, las sensaciones extrañas (tales como los sonidos y las luces) que han experimentado las personas que afirman haber regresado de la muerte, pueden ser atribuidas al mal funcionamiento cerebral que se presenta cuando el cuerpo sufre los efectos de la conmoción y la persona está *muy próxima* a la muerte.

El plan divino de salvación

Dios nos ha dado una vida física y temporal, y como todos somos físicos, tarde o temprano moriremos. En la Biblia se nos revela que este ha sido el resultado de las decisiones que los primeros seres humanos tomaron en el huerto del Edén y no tiene nada que ver con la evolución.

Al comienzo del plan divino de salvación para la humanidad, Dios les ofreció a Adán y a Eva el regalo de la vida eterna, simbolizado por el árbol de la vida (Génesis 2:9, 16). Este árbol representaba el camino de vida de Dios, la fe en él y la obediencia a su voluntad.

En el huerto había también otros árboles; uno de ellos era el de la ciencia del bien y del mal (v. 9). Este árbol representaba algo completamente diferente: al tomar de su fruto, el hombre, en lugar de obedecer la revelación divina, escogía por sí mismo el camino que quería seguir. A partir del momento en que Adán y Eva tomaron esta decisión, el camino del hombre ha consistido en decidir por sí mismo qué es bueno y qué es malo.

Desde entonces, la humanidad ha sufrido las nefastas consecuencias de su desobediencia a Dios.

Debido a la influencia de Satanás, Adán y Eva se arrogaron el derecho de determinar por sí mismos qué era el bien y qué era el mal. Decidieron seguir los caminos engañosos de Satanás en lugar de creerle y obedecerle a su Creador, y cuando tomaron del fruto del árbol prohibido, una de las consecuencias fue la muerte (Génesis 2:17).

Si hubieran tomado del árbol de la vida, Adán y Eva hubieran recibido la vida eterna (Génesis 3:22). Esto nos explica por qué, cuando ellos tomaron la decisión equivocada y comieron del árbol prohibido, Dios cerró el acceso al árbol de la vida: él no iba a permitir que ellos vivieran para siempre en esa rebelión, en ese pecado. Debido a su desobe-

diencia, Dios pronunció esta sentencia: “Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás” (Génesis 3:19).

Es necesario entender que el plan original de Dios para dar vida eterna a la humanidad —el cual rechazaron Adán y Eva— aún está disponible para cada uno de aquellos a quienes él llama.

El pecado se introdujo en la humanidad por



Dios rescató al hombre de la muerte mediante la preciosa sangre de su divino Hijo, Jesucristo.

Adán y Eva, pero desde entonces todos los seres humanos han pecado; por lo tanto, todos deben morir (Romanos 5:12; Hebreos 9:27). Sin embargo, el propósito que Dios tiene para darle al hombre la vida eterna prevalece por encima de todo. ¡Se llevará a cabo! En la Biblia vemos cómo se va desarrollando el plan divino de redención. Dios *ha comprado a la humanidad por un precio*: el hombre ha sido rescatado de la muerte por medio de la preciosa sangre de su divino Hijo Jesucristo.

Uno de los propósitos fundamentales que Dios tiene es que el hombre no muera. La muerte es una parte de la maldición que la humanidad ha tenido que afrontar como consecuencia de la mala decisión que nuestros primeros padres tomaron y que todos hemos imitado y seguido a partir de entonces (Romanos 3:23).

1 Corintios 2:11). Debido a esto, el hombre es diferente a los animales en lo que atañe al propósito de su vida y a su modo de vivir.

Según lo que hemos visto, la Biblia nos enseña que el hombre es enteramente mortal: cuando muere, su vida cesa por completo. Entonces ¿qué ocurre con la esencia espiritual que nos distingue de los animales? ¿Continúa viviendo como un alma inmortal, separada e independiente del cuerpo físico? No, la Biblia dice simplemente que el espíritu del hombre regresa a Dios, quien es su Creador. Salomón escribió: “Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes que vengan los días malos . . . y el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio” (Eclesiastés 12:1, 7).

El espíritu que regresa a Dios no es la fuente de la vida humana, ni tampoco lo es su conciencia. Tanto la vida como la conciencia perecen cuando la persona muere. Dios no nos aclara *por qué* el espíritu del hombre regresa a él. Tal vez esta sea la forma en que Dios preserva las características y el carácter de cada persona hasta el momento de su resurrección.

Resumen

En este capítulo hemos examinado el misterio de la muerte. Las buenas noticias son que la muerte no tiene por qué ser un misterio. Según los pasajes bíblicos que hemos leído, el hombre es un ser mortal que no posee un alma inmortal. La vida es temporal y se acaba en el momento de la muerte. Los muertos no continúan viviendo en ninguna otra forma; una persona muerta no se reencarna ni transmigra en otro ser diferente.

A partir de Adán y Eva, todos los seres humanos, incluso Jesucristo, han tenido que sufrir la muerte física. *Pero la muerte no es el final de todo.* El apóstol Pablo escribió en 1 Corintios 15:22: “Así como en Adán todos mueren, también en Cristo *todos serán vivificados*”. A pesar de que la vida es temporal, Dios no nos ha dejado sin esperanza ni propósito en nuestra existencia.

En el próximo capítulo estudiaremos el paso siguiente: el momento en que seremos resucitados y vueltos a la vida.

La promesa de la resurrección

El tema del primer capítulo fue el milagro de la vida, y en el segundo analizamos la muerte. Hemos aprendido que somos mortales, que nuestra vida es temporal. Ahora vamos a detenernos para examinar lo que vendrá después de la muerte. Aunque sabemos que tarde o temprano todos tendremos que morir, Dios tiene planeado algo muchísimo más grande que esta existencia física.

Hace muchos años, Job se preguntó lo mismo que nosotros nos preguntamos: “Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir?” (Job 14:14). Ahí mismo Job dio la respuesta: “Todos los días de mi edad esperaré, hasta que venga mi liberación. Entonces llamarás, y yo te responderé . . .” (vv. 14-15).

Cuando una persona muere, queda totalmente inconsciente hasta que Dios la llame y la saque del sepulcro, restaurándole la vida. Como veremos un poco más adelante, algunos experimentarán una transformación aún más asombrosa que la resurrección de los muertos.

¿Qué nos dice la Biblia acerca del milagro de la resurrección? ¿Cuándo ocurrirá, y qué sucederá en ese momento? ¿Seremos resucitados en carne y hueso o tendremos una vida distinta?

Para responder a estos interrogantes tenemos que llegar hasta el meollo mismo de nuestra existencia. A medida que estudiemos las Escrituras nos sentiremos animados e inspirados por el plan que Dios tiene para darnos vida después de la muerte.

Lo que Dios nos ha prometido

De la misma forma en que Job habló acerca de su futura “liberación”, el apóstol Pablo también habló acerca de la *resurrección de los muertos* y lo que pasará con aquellos *que estén vivos* cuando Jesucristo regrese.

Para recibir el don de la vida eterna es necesario que primero experimentemos una transformación. Los muertos en Cristo serán resucitados a una existencia incorruptible, y aquellos que todavía estén vivos cuando Jesucristo regrese serán transformados de una existencia física a una condición incorruptible. El apóstol Pablo describió muy bien este portentoso acontecimiento: “He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos *serán resucitados incorrupti-*

bles, y nosotros seremos transformados” (1 Corintios 15:51-52).

Los que han muerto se encuentran inconscientes, como si estuvieran durmiendo, esperando el momento para salir de sus tumbas y resucitar a una nueva vida. Cuando resuciten, el período transcurrido a partir del último momento que tuvieron conciencia hasta el momento de su resurrección les parecerá un instante, como si acabaran de despertarse.

Pablo explicó claramente cómo ocurrirá la resurrección en el momento en que Jesucristo regrese a la Tierra: “Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los



Pablo explicó claramente cómo ocurrirá la resurrección en el momento en que Jesucristo regrese a la Tierra: “Porque el Señor . . . descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero”.

otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesucristo murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en *Cristo resucitarán primero*. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, *seremos arrebatados juntamente con ellos* en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” (1 Tesalonicenses 4:13-17).

Al regreso de Cristo dos grupos serán resucitados

En ambos pasajes Pablo mencionó dos grupos diferentes de personas que participarán en esta resurrección: aquellos que estén muertos y aquellos que estén vivos al momento del regreso de Cristo. A pesar de que “está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio” (Hebreos 9:27), algunos estarán vivos cuando Cristo regrese. ¿Qué ocurrirá con los seguidores fieles de Jesucristo que estén vivos en ese momento?

Cuando Cristo regrese, estas personas serán milagrosa e instantánea-

La creencia en el cielo: una idea anterior al cristianismo

La idea de que las “almas” van al cielo es algo que existía mucho antes del cristianismo. De hecho, esta creencia estaba presente en imperios tan antiguos como Babilonia y Egipto.

Según el escritor Lewis Brown, se creía que el dios egipcio Osiris había resucitado y ascendido al cielo después de haber sido asesinado. “¡Osiris resucitó milagrosamente y fue llevado al cielo! . . . y de acuerdo con el mito, vivió allí eternamente” (*This Believing World* [Este mundo creyente], 1946, p. 83).

Brown explica: “Los egipcios pensaban que si Osiris había sido resucitado de la muerte, debía existir alguna forma de hacer que los hombres también pudieran tener este destino . . . El don de la inmortalidad, que anteriormente estaba disponible solo para los reyes, ahora les era prometido a todos los hombres. Los teólogos egipcios escribieron extensamente acerca de los muertos que seguían existiendo en el reino celestial de Osiris. Ellos creían que en cuanto la persona moría, el alma iba al cielo a la sala del juicio . . . y comparecía ante el trono celestial de Osiris, el juez. Allí, ante Osiris y sus 42 dioses asociados, daba cuenta de lo que había hecho” (p. 84).

Si lo que decía el alma era del agrado de los dioses, “el alma inmediatamente era recibida por Osiris. Pero si al pesarla en la balanza celestial parecía ser deficiente, era enviada al infierno para ser hecha trizas por la ‘Devoradora’. Porque se creía que la vida eterna solo podían recibirla las almas justas, las almas sin mancha” (pp. 86-87).

Brown continúa: “Por todas partes, en México e Islandia, en Zululandia y en la China, el hombre hace más o menos las mismas especulaciones en su desarticulado intento por resolver el enigma de la existencia. Por ello es tan común este concepto complejo de un dios que ha sido muerto y ha resucitado después.

“Desde tiempos antiguos, esta idea ha

estado presente no solo entre los babilonios y los egipcios sino también entre las tribus bárbaras en Grecia y las tierras circundantes . . . Estas ideas vinieron de Tracia o . . . desde Egipto y Asia Menor . . . Ellos afirmaban que en el cielo había un lugar para todos los hombres, sin importar que la persona fuera pobre o perversa. El único requisito era que debía ‘iniciarse’ en los secretos de la secta . . . Entonces la salvación le era asegurada, y sin importar el grado de degradación o de maldad que alcanzara, las puertas del paraíso estaban abiertas. La persona había



*Se creía que Osiris había resucitado
y subido al cielo después de muerto.*

sido salvada para siempre” (pp. 96-99).

El hombre siempre ha deseado poder vivir eternamente, pero el mundo y todo lo que él ofrece no han podido satisfacer este deseo. Con la esperanza de poder ir al cielo después de morir, el hombre ha buscado la seguridad y la felicidad. Desafortunadamente, sus creencias no han podido ser comprobadas.

Solamente Dios posee las respuestas a los misterios de la vida y la muerte, y las ha revelado por medio de su Palabra, la Biblia. Contrariamente a lo que muchos creen, Dios no ha dicho que el cielo será la recompensa de los salvos. Lo que ha prometido es que las personas que sean salvas podrán gobernar con Cristo en el Reino de Dios, que será establecido en la Tierra inmediatamente después de su segunda venida (Apocalipsis 5:10; 11:15).

mente transformadas en espíritus incorruptibles y heredarán la vida eterna. Pablo habló acerca de esta transformación: “Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en *incorrupción*. Se siembra en deshonra, resucitará en *gloria*; se siembra en debilidad, resucitará en *poder*. Se siembra cuerpo animal [de carne y hueso], resucitará *cuerpo espiritual*. Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual . . . Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial. Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción” (1 Corintios 15:42-44, 49-50).

Al final de nuestra vida física —de esta existencia temporal y mortal— nos espera la muerte. Después vendrá la resurrección en la que todos seremos cambiados, porque como lo declaró el apóstol Pablo: “La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios”. En esta resurrección, todos los que sean “de Cristo” —aquellos que hayan sido llamados, se hayan arrepentido y sido bautizados, y hayan permitido que Dios los guiara— serán transformados en seres espirituales, con vida eterna y glorificados de la misma forma que Jesucristo ha sido glorificado (Romanos 8:16-17).

¿Qué ocurrirá después de la resurrección?

En 1 Tesalonicenses 4:13-17 encontramos descrito el regreso triunfante de Jesucristo a la Tierra. Tras el anuncio hecho por un arcángel y el sonido de una trompeta, Dios resucitará a los muertos en Cristo y les dará vida eterna; aquellos que estén vivos serán transformados de mortales a inmortales y ascenderán a las nubes (es decir, a la atmósfera de la Tierra, según lo podemos comprobar en Daniel 7:13) para encontrarse con él.

Las Escrituras nos aclaran que aquellos que se reúnan con Jesucristo en las nubes no van a permanecer allí para siempre, sino que descenderán a la Tierra cuando él descienda para tomar el mando y gobernar sobre todas las naciones (Daniel 2:44; 7:13-18; Zacarías 14:1-4; Hechos 15:15-17; Apocalipsis 11:15; 19:15).

Los santos resucitados gobernarán con Cristo en su reino: “Has hecho de ellos un reino y sacerdotes al servicio de nuestro Dios, y reinarán sobre la tierra” (Apocalipsis 5:10, Nueva Versión Internacional). (Si desea más información al respecto, puede solicitar o descargar nuestro folleto titulado *El evangelio del Reino de Dios*. Se lo enviaremos gratuitamente y sin compromiso alguno de su parte.)

¿Quiénes serán resucitados?

Respecto al tema de la resurrección hay otro detalle importante que debemos analizar. Algunos serán resucitados para recibir la vida eterna, pero otros serán resucitados para el juicio venidero. Jesús mismo habló acerca de esta di-

ferencia: “No os extrañéis de esto: llega la hora en que todos los que estén en los sepulcros oirán su voz y saldrán los que hayan hecho el bien para una resurrección de *vida*, y los que hayan hecho el mal, para una resurrección de *juicio*” (Juan 5:28-29, Biblia de Jerusalén).

Dios nos ha dado esta vida temporal, mortal, con el fin de prepararnos para la vida eterna. La promesa y la esperanza de la resurrección es inspiradora y fascinante. Pero cuando sabemos que también habrá una resurrección para juicio, no podemos menos que preguntarnos: ¿por qué algunas personas serán resucitadas a la vida y otras serán resucitadas para un juicio?



El bautismo, que simboliza la muerte de nuestro antiguo modo de ser, demuestra nuestra firme resolución de seguir a Jesucristo.

La resurrección de vida será por medio de Jesucristo

El apóstol Pedro dijo muy claramente delante de los dirigentes religiosos que Jesucristo era el único camino hacia la salvación (Hechos 4:12). Por su parte, Pablo señaló que nosotros podremos ser resucitados solamente porque Dios resucitó primero a Jesucristo. Si él no resucitó, no tenemos ninguna esperanza (1 Corintios 15:12-19).

Jesucristo nos prometió: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá” (Juan 11:25). En Juan 3:16, uno de los pasajes más conocidos de la Biblia, podemos leer: “. . . para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”.

Nosotros podemos recibir la vida eterna únicamente por medio de Jesucristo. Esta es la verdad. Sin embargo, si decimos que creemos en él, ¿qué obligaciones asumimos y cómo podemos demostrar nuestra fe?

Jesús dijo que sus discípulos deberían estar dispuestos a buscar el Reino de Dios y su justicia por encima de todo lo demás en sus vidas (Lucas 14:25-33; Mateo 6:33; 13:44-46). En nuestra sociedad, la mayoría ha adoptado conceptos erróneos y sigue el “camino que al hombre le parece derecho” (Proverbios 14:12; Mateo 6:19-20; 7:13-14), pero la realidad es que hay solamente un camino correcto y solo un Salvador.

Poco después de la muerte y resurrección de Jesús, el apóstol Pedro exhortó a todos los creyentes en Cristo a que se arrepintieran y fueran bautizados para que pudieran recibir el Espíritu Santo (Hechos 2:38). El arrepentimiento es el reconocimiento sincero, desde lo más profundo de nuestro corazón, de nuestros pecados y nuestra imperfección. También representa nuestra decisión de abandonar para siempre nuestra antigua forma de vivir y comenzar una nueva vida en Cristo. El bautismo, que simboliza la muerte de nuestro antiguo modo de ser, demuestra nuestra firme resolución de seguir a Jesucristo (Romanos 6:1-6). (Si desea más información sobre los temas del arrepentimiento y el bautismo, solicite o descargue de nuestro portal de Internet el folleto titulado *El camino hacia la vida eterna*.)

Muchos pasajes de las Escrituras nos indican la clase de acciones que debemos emprender para demostrar nuestra creencia en Jesús. En los capítulos 3 y 4 de Colosenses podemos ver claramente cuán serio y profundo debe ser nuestro compromiso. Debemos permitir que Dios *cambie* nuestra naturaleza carnal y aprender a imitar a Jesucristo en todo lo que hacemos. Si realmente nos rendimos y sometemos a Dios, Jesucristo vivirá en nosotros mediante el poder de su santo Espíritu (Gálatas 2:20; Colosenses 1:27).

Sabemos que la recompensa que recibiremos dependerá de la forma en que vivamos en el presente. Dios dará “vida eterna a los que, perseverando

Palabras de ánimo

Según lo que dijo el apóstol Pablo, Dios nos ha revelado los detalles de lo que sucede con las personas que mueren para animarnos y consolarnos, para darnos esperanza en los momentos en que estamos experimentando el dolor de la pérdida de un ser querido, para que no nos entristezcamos “como los otros que no tienen esperanza” (1 Tesalonicenses 4:13). La vida eterna que Dios nos ha prometido es cierta; podemos estar seguros de que él cumplirá su promesa si le somos fieles. Al escribirle a Tito, Pablo le expresó su confianza “en la esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no miente, prometió desde antes del principio de los siglos” (Tito 1:2).

No podemos negar que cuando muere un familiar o amigo, todos nos sentimos solos y vacíos y tenemos la sensación de que nos quedamos cortos, que hizo falta algo, que debimos hacer o decir algo más. Si entendemos claramente la verdad acerca de la vida y

la muerte, estaremos mejor preparados para enfrentar nuestra propia mortalidad. Si miramos la vida dentro de una perspectiva total, tendremos ánimo y esperanza. Nos daremos cuenta de que la muerte, al igual que nuestra existencia física, es algo temporal y pasajero. Llegará una época en la que nos reuniremos con aquellos que han muerto y podremos renovar y estrechar aún más los lazos que tuvimos con ellos.

Necesitamos tiempo para adaptarnos a la sensación de pérdida y de soledad que nos deja la muerte de alguien cercano, pero debemos recordar que ni aun la muerte podrá separarnos a nosotros ni a nuestros seres queridos de Dios y de su amor: “Estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida . . . ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 8:38-39).

en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia; tribulación y angustia sobre todo ser humano que hace lo malo . . . pero gloria, honra y paz a todo el que hace lo bueno . . .” (Romanos 2:6-10).

Habrás más de una resurrección

Al estudiar las Escrituras nos damos cuenta de una característica particular de la resurrección: los muertos resucitarán siguiendo una secuencia, *en un orden determinado*, de acuerdo con un plan. No resucitarán todos simultáneamente. “Ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias

¿Quiénes componen la ‘multitud’ que está en el cielo?

En Apocalipsis 10:1, el apóstol Pablo dice: “Después de esto oí una gran voz de gran multitud en el cielo, que decía: ¡Aleluya! Salvación y honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro”.

¿Quiénes componen esta multitud? ¿De dónde provienen estas voces de alabanza a Dios? ¿Son las voces de seres humanos que ahora están en el cielo? ¿Ha ascendido algún ser humano al cielo?

Uno de los conceptos más generalizados es que cuando los cristianos mueren, inmediatamente se van al cielo y allá se quedan para siempre. ¿Podemos encontrar esta enseñanza en la Biblia?

Veamos lo que nos dice Juan 3:13: “*Nadie subió al cielo*, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre [Jesucristo], que está en el cielo”. Este pasaje nos aclara dos puntos importantes. Primero, estas son las palabras del propio Jesucristo; y si alguien hubiera ido al cielo, él seguramente se habría enterado. Segundo, el apóstol Juan escribió estas palabras muchos años después de que Jesús había muerto y ascendido al cielo, y afirmó categóricamente que *nadie, excepto Jesús*, había subido al cielo.

¿De quiénes eran las voces que Juan describió en el Apocalipsis? En este libro en varias ocasiones se hace referencia a gran número de voces. Veamos dos ejemplos: “Los

cuatro seres vivientes . . . no cesaban día y noche de decir: Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir. Y siempre que aquellos seres vivientes dan gloria y honra y acción de gracias al que está sentado en el trono, al que vive por los siglos de los siglos, los veinticuatro ancianos se postran delante del que está sentado en el trono, y adoran al que vive por los siglos de los siglos, y echan sus coronas delante del trono, diciendo: Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas” (Apocalipsis 4:8-11).

La Biblia también nos habla acerca de miles de ángeles que están delante del trono de Dios y hablan con fuerte voz: “Miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones, que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza” (Apocalipsis 5:11-12).

Hemos visto que según las Sagradas Escrituras, ningún ser humano ha ascendido al cielo. Las voces que se mencionan en Apocalipsis 19 pertenecen a los seres angelicales que están alrededor del gran trono de Dios.

de los que durmieron es hecho. Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero *cada uno en su debido orden*: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida” (1 Corintios 15:20-23).

El apóstol Pablo nos explica que para ser resucitados a la vida eterna es necesario que tengamos el Espíritu Santo: “Si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales *por su Espíritu que mora en vosotros*” (Romanos 8:11).

La resurrección que estamos describiendo ocurrirá al retorno de Jesús e incluirá a todos “los que son de Cristo” (1 Corintios



¿Qué pasará con todas aquellas personas que hayan muerto sin haber tenido la oportunidad de entender todo esto y que por consiguiente no hayan hecho este compromiso?

15:23), también llamados “los muertos en Cristo” (1 Tesalonicenses 4:16). Éstos serán aquellos que hayan entendido que la salvación solo viene por medio de Jesucristo y hayan mostrado su creencia y fe mediante el compromiso del arrepentimiento, el bautismo y la obediencia a Dios; serán los que hayan sido *guiados* por el Espíritu de Dios (Romanos 8:14). Como ya hemos estudiado, al regreso de Cristo estas personas serán transformadas en seres espirituales y heredarán la vida eterna (1 Corintios 15:50-53).

Los otros muertos

En este punto tal vez tengamos una inquietud. ¿Qué pasará con todas aquellas personas que hayan muerto sin haber tenido la oportunidad de entender todo esto y que por consiguiente no hayan hecho este compromiso? ¿Son estas personas las que serán resucitadas para el juicio?

¿Qué hay acerca de los niños y jóvenes que hayan muerto mucho antes de poder haber entendido y madurado lo suficiente como para recibir el Espíritu Santo y buscar el Reino de Dios? ¿Qué será de las personas que hayan

vivido y muerto en países en donde jamás escucharon el nombre de Jesucristo y muchísimo menos hayan establecido alguna relación o compromiso con él? ¿Qué sucederá con las personas que tienen altos principios morales, pero que no tienen ninguna clase de convicción religiosa?

¿Esperaba el apóstol Pablo subir al cielo?

En Filipenses 1:23-24 el apóstol Pablo escribió: “De ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros”.

¿Qué es lo que Pablo quería decir con esto? ¿Tenía la esperanza de subir al cielo? ¿Qué es lo que implica su deseo de estar con Cristo?

Antes de estudiar lo que este pasaje dice, es importante que nos fijemos bien en lo que *no* dice. Aquí no dice en qué lugar iba a estar Pablo con Cristo después de su partida, y no hace ninguna referencia al cielo. Si concluimos otra cosa es porque leemos con prejuicios las palabras de Pablo.

Al escribirles a los cristianos de Filipos, Pablo se debatía entre dos deseos: quería dejar la vida y estar con Cristo, pero también quería permanecer con el pueblo de Dios que lo necesitaba. En su segunda carta a Timoteo, Pablo ya sabía que su vida física terminaría pronto y estaba preparado para ello: “Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida” (2 Timoteo 4:6-8).

Aquí podemos darnos cuenta de lo que significaba para Pablo “estar con Cristo”. Él sabía que no iba a recibir la recompensa *inmediata-*

mente después de su muerte. Estaba esperando la corona de justicia que le sería dada “en aquel día”, es decir, a la segunda venida de Cristo. Como el apóstol lo explicó, Jesús traerá la recompensa con él, y Pablo la recibirá en ese momento, no antes, y la recibirá juntamente con todos aquellos que sean resucitados al regreso de Cristo.

“He aquí que el Eterno el Señor vendrá con poder, y su brazo señoreará; he aquí que su recompensa viene con él, y su paga delante de su rostro” (Isaías 40:10; ver también Apocalipsis 22:12).

Pablo les explicó a los corintios: “He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados” (1 Corintios 15:51-52).

Pablo sabía muy bien que no recibiría su recompensa hasta que Jesucristo regresara: “Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (2 Corintios 5:10).

A Pablo le parecerá un instante el tiempo transcurrido desde el momento de su muerte hasta el momento de su resurrección. En el próximo instante que tenga conciencia, estará con Cristo y será un hijo glorificado de Dios. No es de extrañar, entonces, que en medio de los sufrimientos de esta vida Pablo quisiera partir y estar con Cristo.

¿Qué ocurrirá con todos ellos y en qué momento? ¿Serán tratados con justicia y equidad? ¿Es justo Dios? ¿Les dará a todos los seres humanos la misma oportunidad de ser salvos, o acaso Dios hace acepción de personas y únicamente ofrecerá la vida eterna a unos cuantos?

La primera resurrección

“Los que son de Cristo, en su venida” (1 Corintios 15:23) habrán rechazado las engañosas enseñanzas de las religiones falsas, y algunos de ellos habrán sufrido el martirio por su fidelidad a Dios. Veamos lo que el apóstol Juan escribió acerca de la primera resurrección: “Vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar; y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años. Pero *los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años*. Esta es la primera resurrección. Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección . . .” (Apocalipsis 20:4-6).

Es claro que algunos no volverán a vivir hasta después de los mil años del reinado de Cristo. La primera resurrección es la de aquellos que recibirán la vida eterna antes de ese período, en el momento en que Jesucristo regrese. Según este pasaje, los otros no volverán a vivir hasta mil años después. Si habría de ocurrir solamente una resurrección, Juan se hubiera referido simplemente a *la* resurrección. El hecho de que sea llamada la *primera* resurrección nos indica que cuando menos habrá una resurrección más.

Resumen

Hemos aprendido del libro de más autoridad, la Biblia, que cuando Jesucristo regrese resucitará a aquellos que hayan muerto en la fe y les otorgará la magnífica dádiva de la vida eterna. En esta resurrección tomarán parte únicamente aquellos que sean de Cristo.

En 1 Timoteo 2:3-4 se nos dice que “Dios nuestro Salvador . . . quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad”. Para hacer esto posible, el plan de Dios tiene otra etapa que todavía no hemos explicado. No debemos olvidar que existen millones de personas que han vivido y han muerto sin tener el conocimiento de la verdad de Dios. ¿Es demasiado tarde para ellos?

Esto nos lleva a uno de los aspectos más fascinantes del plan de Dios: lo que él tiene reservado para “los otros muertos” (Apocalipsis 20:5).

Cómo la vida eterna finalmente será ofrecida a toda la humanidad

La muerte no hace excepciones: mueren tanto los justos como los pecadores. Jesús se valió de dos tragedias muy conocidas en sus días para ilustrar un importante concepto acerca de la muerte, la cual puede ser muy arbitraria: “En este mismo tiempo estaban allí algunos que le contaban acerca de los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos. Respondiendo Jesús, les dijo: ¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los hombres que habitan en Jerusalén? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” (Lucas 13:1-5).

No tenemos muchos detalles acerca de estos casos. Al parecer, en uno de ellos algunos judíos habían sido masacrados brutalmente por soldados romanos mientras realizaban una ceremonia religiosa en el templo en Jerusalén. En el otro, una torre se había desplomado causando la muerte de 18 personas. Ambos ejemplos están relacionados con la arbitrariedad de la muerte. Jesús les explicó que estas personas no eran peores que las demás. Simplemente habían estado en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Alrededor nuestro ocurren acontecimientos semejantes. Nos sentimos profundamente conmovidos cuando niños pequeños perecen en accidentes, por crímenes o por enfermedades. Cuando nos enteramos de un accidente de avión, del incendio de una casa o de una bomba que explota en un centro comercial, en un almacén o en una escuela, meneamos desconsoladamente la cabeza. Las víctimas de estas tragedias estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado, y Dios no las escogió especialmente para castigarlas. Salomón lo explicó cuando dijo que “tiempo y ocasión acontecen a todos” (Eclesiastés 9:11-12).

¿Son arbitrarias la vida y la muerte?

En los capítulos anteriores hemos explicado que Dios tiene un propósito

asombroso para nuestra existencia física y temporal: la preparación para la vida espiritual y eterna que él nos quiere dar a todos. Aquellos de nosotros que durante esta época creamos en Jesucristo y lo demostremos mediante nuestra forma de vivir, seremos resucitados cuando Jesucristo regrese y recibiremos el don de la vida eterna.



Los ejemplos que Cristo nos da en Lucas 13:3-5 nos hacen ver muy claramente que a menos que nos arrepintamos y busquemos el Reino de Dios, nuestra vida y nuestra muerte no tendrán

Alrededor nuestro ocurren muchas tragedias. Nos sentimos profundamente conmovidos cuando niños pequeños perecen en accidentes, por crímenes o por enfermedades.

ningún sentido. ¿Qué sucederá con aquellos que han tratado de vivir lo mejor que han podido, pero que han muerto sin tener la oportunidad de hacer este compromiso? ¿Acaso su vida y su muerte solo han sido cosa del azar y han carecido absolutamente de propósito? ¿No hay esperanza ni promesas para ellos? ¿No tendrán la misma oportunidad de recibir el don de la vida eterna?

En las Escrituras continuamente encontramos la reafirmación de que Dios cumplirá sus promesas. El apóstol Pedro escribió que la voluntad de Dios es que, finalmente, todos lleguen al arrepentimiento: “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, *no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento*” (2 Pedro 3:9-10). Este versículo nos asegura que Dios cumplirá lo que ha prometido. También nos indica que algunos piensan que Dios no se preocupa y que no se puede confiar en él.

Dios no está llamando a todos ahora

A veces los discípulos de Jesús no entendían los métodos de enseñanza que él empleaba. En cierta ocasión le preguntaron por qué le hablaba a la gente por parábolas en lugar de hablarle más directamente. Él les respondió: “Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos *no les es dado*” (Mateo 13:11).

Jesús citó una profecía de Isaías en la que se afirma que la gente tendría la mente cerrada, y no podría entender quién era él ni aceptar sus enseñanzas.

Después les dijo: “Pero bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen” (v. 16). Podemos darnos cuenta de que había una diferencia entre los discípulos, quienes en esos momentos tenían algo de entendimiento y fe, y la multitud de personas que no los tenían.

En la época de Jesús las personas continuamente lo cuestionaban, tratando de saber exactamente quién era él. ¿Era solamente un maestro o rabino? ¿Era el Elías profetizado, o Juan el Bautista? ¿Era un fraude, un falso mesías? ¿Era el Mesías verdadero?

En cierta ocasión, Jesús les preguntó a sus discípulos quién pensaban que era él. “Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (Mateo 16:15-17).

Dios es quien nos da el entendimiento

Jesús enseñó a sus discípulos que Dios era el único que podía darles la perspectiva espiritual: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere . . .” (Juan 6:44).

Al principio, Dios se relacionó con la nación de Israel por medio del antiguo pacto. Sin embargo, esta nación continuamente violaba el pacto y finalmente terminó por rechazar al propio Jesucristo. Debido a este rechazo, el nuevo pacto que Jesús vino a establecer se extendió a personas de todas las naciones.

Cuando el apóstol Pablo se dirigió a los religiosos judíos (que eran una parte del pueblo de Israel) y a los gentiles que se hallaban en Roma, esto era lo que tenía en mente. En Romanos 11:8 el apóstol parafraseó Isaías 29:10: “Dios les dio [a los israelitas] espíritu de estupor, ojos con que no vean y oídos con que no oigan, hasta el día de hoy”. Explicó que la mayoría de los israelitas permanecían “endurecidos” espiritualmente (Romanos 11:7-8). En Efesios 4:17-18 señaló que también la mayoría de los gentiles participaban de esta ceguera casi universal.

En Romanos 11:2-4 Pablo se refirió a un famoso ejemplo de la historia de Israel: el profeta Elías llegó a creer que era el único que no había sido engañado y no había adorado al dios falso Baal. Pero a Elías le fue revelado que Dios había protegido a otras personas del engaño y también le eran fieles. En conclusión, Pablo sacó esta importante lección: “Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia” (v. 5).

Un remanente es un vestigio, el residuo de algo. Y la elección a la cual hace referencia Pablo se aplica a una pequeña parte de la humanidad. Dios ha revelado claramente que en esta época él llamará a la salvación a muy pocas personas. Jesús lo explicó así: “Entrad por la puerta estrecha; porque

ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y *pocos* son los que la hallan” (Mateo 7:13-14).

Con esto, Dios no está afirmando que va a excluir a la mayor parte de la humanidad de sus promesas; por el contrario, esta es la forma en que él extenderá sus promesas a todos los seres humanos: “Porque Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos” (Romanos 11:32).

Pablo reconoció que esto suena totalmente ilógico cuando uno lo oye por primera vez, pero Dios sabe exactamente lo que está haciendo. No es nuestro papel aconsejar a Dios ni decirle cómo tiene que hacer las cosas: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado? Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén” (Romanos 11:33-36).

El juicio venidero

Como el creador de la vida, solo Dios tiene la autoridad para quitarla y para restaurarla. Asimismo, solo él tiene el poder para otorgar la oportunidad de salvación ahora o en una época futura.

Analicemos nuevamente el pasaje que citamos antes: “Vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar; y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años. Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Esta es la primera resurrección” (Apocalipsis 20:4-5).

Como se mencionó antes, Juan aquí está describiendo la misma resurrección a la cual se refiere el apóstol Pablo en 1 Corintios 15 y en 1 Tesalonicenses 4, llamándola “primera” resurrección. Y debido a que es llamada “la primera resurrección” y no simplemente “la resurrección”, entendemos que habrá por lo menos otra resurrección después. Se nos dice que “los otros muertos” volverán a vivir después de mil años.

Veamos lo que estarán haciendo durante estos mil años (período conocido como *el Milenio*) aquellos que resuciten en la primera resurrección.

El regreso de Jesús traerá una renovación física

En Daniel 7 encontramos una perspectiva profética de toda la historia de la humanidad. Daniel describió brevemente una serie de grandes imperios (Babilonia, Persia, Grecia y Roma) que dominarían el Cercano Oriente a par-

tir de la época de Daniel hasta nuestros días. Estos imperios estaban representados por un león, un oso, un leopardo y una bestia “espantosa y terrible”.

Finalmente, Cristo regresará y establecerá el Reino de Dios, que nunca dejará de existir y nunca será destruido: “Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino

Lo que la Biblia dice acerca del ‘infierno’

¿Es el destino de los impíos estar quemándose en el infierno eternamente? Muchos creen que así es, pero ¿qué dice la Biblia al respecto? Para poder responder a este interrogante es necesario que entendamos las cuatro palabras hebreas y griegas que se refieren a la condición o el lugar de los muertos.

En el Antiguo Testamento encontramos la palabra hebrea *seol*, que se refiere a “la condición y la morada de los muertos; por lo tanto, el sepulcro en donde reposa el cadáver...” (*Wilson's Old Testament Word Studies* [Estudios de Wilson sobre las palabras del Antiguo Testamento], p. 215). Otro libro de consulta explica: “Así que no se hace referencia al destino eterno sino simplemente al sepulcro, donde reposan los cadáveres de todas las personas...” (*Expository Dictionary of Bible Words* [Diccionario expositivo de palabras de la Biblia], 1985, p. 336).

Los editores de la versión Reina-Valera de la Biblia, revisión de 1960, en lugar de traducir esta palabra, la dejaron simplemente como “seol”.

Varios hombres que conocieron a Dios entendieron claramente que cuando murieran irían al sepulcro, no a un infierno ardiente. Entre ellos podemos citar a Jacob (Génesis 37:35), Job (Job 14:13), David (Salmos 88:3-4), Ezequías (Isaías 38:10). Resulta claro que *seol* no se refiere a un lugar de tormento eterno.

Tres palabras griegas

El equivalente griego de la palabra *seol* es *hades*, que se refiere también al sepulcro. En el Nuevo Testamento se citan cuatro pasajes del Antiguo Testamento en los cuales la palabra *seol*

es traducida como *hades* (Mateo 11:23; Lucas 10:15; Hechos 2:27, 31). De la misma forma que *seol*, la palabra *hades* no ha sido traducida en la versión Reina-Valera (revisión de 1960). (La única excepción a esto se encuentra en 1 Corintios 15:55, donde *hades* está traducida correctamente como “sepulcro”).

Resulta evidente que *hades* tampoco se refiere a un lugar de tormento. De hecho, el apóstol Pedro dijo que Cristo mismo había estado en el *hades* (Hechos 2:27, 31), refiriéndose al tiempo que permaneció sepultado antes de su resurrección. *Hades* simplemente significa sepulcro o sepultura.

Otra palabra griega que está relacionada con este tema por cuanto fue traducida como “infierno”, es *tartaroo*. Esta palabra, que aparece únicamente en 2 Pedro 2:4, se refiere al confinamiento o encarcelamiento de los ángeles caídos (demonios) que esperan el momento de su juicio. El diccionario citado antes dice que el verbo *tartaroo* significa “confinar en Tártaro” y que “Tártaro era el nombre griego del abismo mitológico en el cual los dioses rebeldes estaban confinados” (*ibidem*, p. 337). Haciendo referencia a un concepto conocido de la mitología contemporánea, Pedro explicó que a los ángeles que habían pecado Dios los había entregado a “prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio”. Estos ángeles caídos están en un lugar o condición de restricción esperando el juicio final por su rebelión contra Dios y por la influencia destructiva que han ejercido sobre toda la humanidad.

Tártaro se aplica únicamente a los demonios. En la Biblia este término no se utiliza para referirse a un fuego infernal en el cual son castigados los seres

hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido” (Daniel 7:13-14).

Continúa la profecía: “Estas cuatro grandes bestias son cuatro reyes que

humanos después de la muerte.

Hay otra palabra griega que nos falta por estudiar (*gehenna*), y es la que posee ciertas características que hacen que las personas la asocien con el concepto tradicional del “infierno”. Sin embargo, esta palabra tiene diferencias importantes con la idea popular del castigo de los impíos. *Gehenna* es una palabra “derivada de la expresión hebrea *ga-Hinnom*, el valle del Hinom . . . un lugar donde se celebraban sacrificios humanos e idolátricos . . . Tratando de poner fin a todas estas abominaciones, Josías profanó este lugar con huesos humanos y otras inmundicias (2 Reyes 23:10, 13-14)” (*The Complete Word Study Dictionary of New Testament Words* [Diccionario analítico completo de las palabras del Nuevo Testamento], 1992, p. 360).

Debido en gran parte a su desastrosa reputación, este valle que bordeaba la ciudad de Jerusalén se convirtió en un basurero. Allí se quemaba la basura, lo mismo que los cadáveres de animales y criminales. El fuego que ardía de día y de noche consumía los desechos.

Un fuego consumidor

Gehenna es una palabra que se utiliza 12 veces en la Biblia; en 11 de esas ocasiones se citan las palabras de Jesucristo. Cuando Jesús hablaba de *gehenna*, sus oyentes sabían que se refería al lugar en el cual toda la basura y los cadáveres de los impíos se destruían por el fuego. Les advirtió claramente que este fuego destructor sería el destino de los malvados y de los impíos (Mateo 5:22, 29-30; 23:15, 33; Lucas 12:5).

¿Cuándo va a ocurrir esto? Muchos de los enemigos de Cristo eran los dirigentes religiosos y civiles de su época; ellos no fueron considerados criminales ni sus cuerpos fueron quemados en el basurero de la ciudad. Cristo sabía muy bien que el

juicio, no solamente de ellos sino de la gran mayoría de la humanidad que haya vivido a lo largo de la historia, vendrá en el futuro (esto lo hemos explicado ampliamente en este folleto).

Después de su resurrección, aquellos que conociendo el camino de Dios no quieran arrepentirse serán sentenciados a perecer en el fuego del *gehenna*, el cual los destruirá completamente, sin que tengan la esperanza de una futura resurrección (Mateo 10:28).

En el Apocalipsis este infierno es llamado el “lago de fuego” (Apocalipsis 19:20; 20:10, 14-15). Según la cronología de acontecimientos tal como aparece en la Biblia, esto tendrá lugar después de los mil años del reinado de Cristo sobre la Tierra (Apocalipsis 20:1-6) y después de la resurrección a la vida física de todos aquellos que jamás hayan conocido a Dios ni sus caminos (vv. 5, 11-13). Las personas que participen en esta resurrección tendrán la oportunidad de aprender acerca de los caminos de Dios, arrepentirse y recibir el don de la vida eterna, como se ha explicado ampliamente en el capítulo IV de este folleto.

Sin embargo, algunos rechazarán este magnífico don, y la Biblia registra este trágico epitafio: “El que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego” (v. 15).

A los que deliberada y conscientemente decidan rechazar los caminos de Dios, no se les permitirá seguir viviendo en la miseria que esta decisión les acarrearía. No sufrirán eternamente, sino que simplemente *morirán*: serán consumidos completamente por el fuego, de manera que de ellos no quedarán más que cenizas (Malaquías 4:1-3). Si examinamos cuidadosamente las Escrituras, nos daremos cuenta de que éstas *no* enseñan que los impíos serán atormentados eternamente en las llamas de un infierno horripilante.

se levantarán en la tierra. Después recibirán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre” (vv. 17-18).

Cristo restaurará todas las cosas

Jesucristo regresará a la Tierra con poder y autoridad para establecer el Reino de Dios. “Los santos del Altísimo”, aquellos que resuciten al regreso de Cristo, reinarán con él sobre toda la Tierra. Con la ayuda de aquellos seres resucitados a la vida eterna, Cristo llenará toda la Tierra del conocimiento de Dios “como las aguas cubren el mar” (Isaías 11:9).

Los apóstoles enseñaron que Jesús regresará para restablecer la nación de Israel. En esa época él ofrecerá el don de la salvación y la vida eterna a toda la humanidad. El apóstol Jacobo lo expresó así: “Con esto concuerdan las palabras de los profetas, como está escrito: Después de esto volveré y reedificaré el tabernáculo de David, que está caído; y repararé sus ruinas, y lo volveré a levantar, para que el resto de los hombres busque al Señor, y todos los gentiles, sobre los cuales es invocado mi nombre, dice el Señor, que hace conocer todo esto desde tiempos antiguos” (Hechos 15:15-18).

Jacobo estaba citando del profeta Amós, quien describió las circunstancias que prevalecerán después que Jesús restablezca la nación de Israel (“el tabernáculo de David”).

Veamos el pasaje original que Jacobo citó. El contexto se refiere a la restauración física del mundo después del regreso de Jesucristo: “En aquel día yo levantaré el tabernáculo caído de David, y cerraré sus portillos y levantaré sus ruinas, y lo edificaré como en el tiempo pasado; para que aquellos sobre los cuales es invocado mi nombre posean el resto de Edom, y a todas las naciones, dice el Eterno que hace esto. He aquí vienen días, dice el Eterno, en que el que ara alcanzará al segador, y el pisador de las uvas al que lleve la simiente; y los montes destilarán mosto, y todos los collados se derretirán. Y traeré del cautiverio a mi pueblo Israel, y edificarán ellos las ciudades asoladas, y las habitarán; plantarán viñas, y beberán el vino de ellas, y harán huertos, y comerán el fruto de ellos. Pues los plantaré sobre su tierra, y nunca más serán arrancados de su tierra que yo les di, ha dicho el Eterno Dios tuyo” (Amós 9:11-15).

¡En un lenguaje poético, el profeta Amós describió la paz y prosperidad que las naciones disfrutarán después del retorno de Jesús!

Luego vendrá una restauración espiritual

Tal vez las bendiciones físicas nos parezcan muy atractivas y satisfactorias, pero Dios tiene un propósito que trasciende más allá de lo físico. Todo lo físico es temporal, incluso la prosperidad que habrá en el Milenio y aun la vida misma. Dios quiere ofrecernos muchísimo más que una vida física cómoda.

El profeta Jeremías nos habla no solamente de una restauración física (Jeremías 31:1-4), sino también de la restauración espiritual que Jesucristo realizará cuando regrese: “He aquí, vienen días, dice el Eterno, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fui yo un marido para ellos, dice el Eterno. Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aque-

¿Serán atormentados eternamente los impíos?

“**S**i alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano . . . será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero; y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre” (Apocalipsis 14:9-11).

A primera vista, esto parece confirmar la idea que tradicionalmente escuchamos acerca de un lugar en ebullición, con vapores azufrados, en el que de una manera inmisericorde y eterna son torturadas las almas inmortales. Pero si no tenemos en mente este concepto, podemos ver que lo que este pasaje está diciendo es algo completamente diferente.

Primero, tengamos en cuenta que lo que sube para siempre es *el humo* de su tormento; no dice que *su tormento* será eterno. El humo es el producto de la incineración de los cuerpos de todos aquellos que adoren a la bestia y a su imagen (v. 9), en otras palabras, al sistema político y religioso que Jesús destruirá a su regreso.

Otros pasajes nos confirman que los impíos serán destruidos y los justos hollarán sus cenizas: “He aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho el Eterno de los ejércitos, y *no les dejará ni raíz ni rama*. Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el

Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada. Hollaréis a los malos, los cuales *serán ceniza bajo las plantas de vuestros pies*, en el día en que yo actúe, ha dicho el Eterno de los ejércitos” (Malaquías 4:1-3).

La referencia que se hace en Apocalipsis 14:11 de aquellos impíos que “no tienen reposo de día ni de noche” tiene que ver con aquellos que continúan adorando a la bestia y a su imagen. Cuando sean lanzados al lago de fuego serán consumidos completamente y perecerán, de manera que ya no podrán ser más atormentados.

Veamos la referencia que David hizo en Salmos 37:20 acerca de aquellos que serán quemados y perecerán: “Los impíos perecerán, y los enemigos del Eterno como la grasa de los carneros serán consumidos; se disiparán como el humo”.

Los impíos que no se arrepientan de sus pecados, que deliberada y conscientemente se nieguen a someterse a Dios para obedecerlo y adorarlo, serán totalmente destruidos por el fuego. El *humo* de su tormento subirá “por los siglos de los siglos”, lo que significa que nada ni nadie podrá impedir que esto ocurra. La expresión griega traducida como “por los siglos de los siglos”, no siempre significa la eternidad o infinidad, sino que puede indicar algo que no será detenido, algo que continuará mientras las circunstancias lo permitan.

llos días, dice el Eterno: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo” (vv. 31-33).

Tengamos en cuenta las palabras del apóstol Jacobo con respecto a la nación física de Israel. Él explicó lo que Dios ha prometido: “Repararé sus ruinas, y lo volveré a levantar, para que el resto de los hombres busque al Señor . . .” (Hechos 15:16-17). Esta restauración física y espiritual se extenderá desde Israel y Judá a todo el resto del mundo. Dios se valdrá de estas naciones para hacer extensivas sus promesas a toda la humanidad (Gálatas 3:26-29).

La obra más importante que Jesucristo va a realizar durante esa época será la restauración espiritual, y le ofrecerá a todo el mundo el don de la salvación. No habrá más políticos que confundan a la gente, porque Jesús será el gobernante de todas las naciones (Apocalipsis 11:15; 19:15-16; Daniel 7:14). Ya no habrá más confusión religiosa en la Tierra, porque Dios abrirá el entendimiento de todos los seres humanos para que puedan comprender la verdad y los llevará a Jesucristo (Ezequiel 36:26-27; Isaías 11:9; Joel 2:27-28).

Aquí es donde los primeros resucitados desempeñarán un papel muy importante en el plan de Dios. Aquellos que resuciten al retorno de Jesucristo reinarán con él sobre la Tierra y le ayudarán a enseñar la verdad de Dios a toda la humanidad (Apocalipsis 5:10; 20:6).

¿Qué pasará con aquellos que nunca conocieron a Dios?

Hasta el momento hemos visto que antes del regreso de Cristo, Dios ofrece la salvación a algunas personas, a las que él llama específicamente. También hemos visto que después del regreso de Jesús, se ofrecerá la salvación a toda la humanidad.

Pero ¿qué sucederá con aquellos que murieron sin haber sido llamados a la salvación? La inmensa mayoría de las personas que han vivido hasta hoy día pertenecen a este grupo. ¿Acaso ya está decidida su suerte?

Cuando Juan habló acerca de “los otros muertos” que no van a resucitar al momento del regreso de Cristo, dijo que no volverán a vivir hasta después del Milenio: “Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años” (Apocalipsis 20:5).

Unos pocos versículos más adelante podemos ver la descripción de esta resurrección: “Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras” (Apocalipsis 20:11-13).

Jesús habló acerca de una época futura de juicio en la cual todos van a entender sus enseñanzas. Describió el momento en el cual volverán a vivir todas las generaciones que hayan existido para ser juzgadas *simultáneamente*: “¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, tiempo ha que se hubieran arrepentido en cilicio y en ceniza. Por tanto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para Tiro y para Sidón, que para vosotras. Y tú, Capernaum, que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida; porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido hasta el día de hoy. Por tanto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma, que para ti” (Mateo 11:21-24).

En otros pasajes similares, Jesús se refirió a personas que hacía mucho habían muerto, como los habitantes de Nínive, la reina del sur del tiempo de Salomón, y los habitantes de Sodoma y Gomorra, ciudades consideradas como la personificación misma de la maldad (Mateo 10:14-15; 12:41-42). Él no transige con el pecado y la maldad, pero todavía no ha terminado su obra con ninguna de estas personas. Los que vivieron en épocas pasadas y que no conocieron acerca de Dios ni de su plan tendrán la oportunidad de recibir el don de la vida eterna por medio de Jesucristo.

Jesús describió un tiempo en el que personas de todas las épocas estarán viviendo simultáneamente. Todos entenderán la verdad acerca de quién es Cristo y cuál es el propósito de la vida humana. Para esas personas será inconcebible que aquellos que vivieron en la generación de Cristo lo hayan rechazado.

La profecía acerca de la resurrección

Por medio del profeta Ezequiel aprendemos que los que tengan parte en esta resurrección serán vueltos nuevamente a la vida *física*. En el capítulo 37 Ezequiel describió la visión que tuvo con respecto a este suceso grandioso: el valle de los huesos secos (vv. 1-7).

Él vio cómo los huesos secos parecían volver a juntarse y formar esqueletos, para luego cubrirse de carne y erguirse como una gran multitud de personas resucitadas (vv. 8-10). El contexto nos revela que estas personas serán resucitadas a una vida física y mortal. Dios los llamará de las tumbas y pondrá su Espíritu en ellos (vv. 12-14).

Cuando los mil años se cumplan (los primeros mil años del reinado eterno de Jesús), todos aquellos que no hayan sido llamados previamente por Dios resucitarán delante de él. Por primera vez en sus vidas entenderán correctamente la Palabra de Dios, las enseñanzas de la Biblia. Dios les ofrecerá la oportunidad de recibir la vida eterna (“y otro libro fue abierto, el cual es el

libro de la vida”, Apocalipsis 20:12; ver también Filipenses 4:3). De la misma forma que las generaciones anteriores, ellos serán juzgados según sus obras.

Cómo se realizará el juicio

¿Qué significa ser juzgado? Cuando las personas sean resucitadas, ¿serán recompensadas o castigadas inmediatamente por lo que hicieron antes de morir?

Es importante que entendamos que el juicio abarca mucho más que la decisión final acerca de la recompensa o el castigo. El juicio es un *proceso* que se lleva a cabo durante un periodo de tiempo y que culmina con una decisión final.

En otros pasajes se ilustra el principio del juicio. Según Mateo 16:27, cuando Jesús regrese recompensará a cada uno conforme a sus obras. Los frutos, ya sean positivos o negativos, serán el resultado de la actitud y el carácter que

¿Serán castigados los impíos en un infierno que nunca se extinguirá?

“Si tu ojo te fuere ocasión de caer, sácalo; mejor te es entrar en el reino de Dios con un ojo, que teniendo dos ojos ser echado al infierno, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga” (Marcos 9:47-48). ¿Acaso Jesús nos advierte aquí acerca del tormento eterno en un infierno?

La palabra griega traducida como “infierno” en este pasaje es *gehenna*. Jesús se estaba refiriendo al valle de Hinom, situado en las afueras de Jerusalén. En esa época este sitio era el basurero de la ciudad y allí se incineraban la basura y los cadáveres de animales y criminales, por lo cual el fuego ardía continuamente.

Jesús se valió de este horrible y desolado lugar para describir el destino de todos aquellos impíos que no se arrepientan (ver el recuadro titulado “Lo que la Biblia dice acerca del ‘infierno’”, pp. 32-33). Tengamos en cuenta que lo que Jesús dijo fue que *el gusano* no morirá; no dijo que las personas serían eternamente atormentadas sin que murieran jamás. El castigo de los pecadores incorregibles será eterno, es decir, será

permanente e irrevocable. Sin embargo, esto no significa que esas personas serán atormentadas eternamente por un Dios vengativo y cruel.

En el valle de Hinom, la *gehenna* original, los restos incinerados de los cuerpos estaban llenos de gusanos o larvas. El fuego no se extinguía, pues se mantenía ardiendo mientras hubiera algo que quemar, y los desechos orgánicos siempre estaban infestados de larvas de moscas (los gusanos de Marcos 9:48). Las moscas depositaban continuamente sus huevecillos sobre los desechos en putrefacción, de manera que las larvas nunca dejaban de existir. Continuamente estaban naciendo nuevos gusanos en un ciclo que nunca terminaba.

Sin embargo, los cadáveres de personas y animales que eran tirados a este valle eran destruidos completamente, ya fuera por el fuego o porque simplemente se descomponían. De la misma forma, aquellos pecadores que no quieran arrepentirse desaparecerán para siempre al ser completamente consumidos en el lago de fuego mencionado en Apocalipsis 20:14.

se hayan desarrollado a lo largo de toda la vida. Las personas de generaciones anteriores que para ese entonces ya tengan el don de la vida eterna también habrán sido juzgadas de acuerdo con sus obras. En varios pasajes Dios nos señala los frutos que está buscando en nuestras vidas (Romanos 12; Colosenses 3-4; Efesios 4-6; Santiago 2:20-24; Apocalipsis 12:17; 14:12).

Para Dios es muy importante lo que hay en nuestros corazones; le interesan nuestros pensamientos más íntimos y nuestra motivación. Él mira lo que hay dentro del corazón, lo que somos realmente (1 Samuel 16:7), y desea que imitemos a Cristo en nuestra forma de pensar y de actuar (Filipenses 2:5-8; 1 Pedro 2:20-23). Todo aquel que pretenda ser semejante a Cristo debe ser una persona genuina y sincera, porque todas sus acciones, conducta y comportamiento reflejan lo que hay en su interior. Nuestras obras reflejan lo que somos, de manera que todos seremos juzgados conforme a lo que hacemos habitualmente (2 Corintios 5:10). La forma en que nosotros vivimos —cómo tratamos a los demás y respondemos a las leyes de Dios— será el reflejo de lo que creemos y demostrará si estamos o no en armonía con los caminos de Dios.

El juicio estará basado en nuestras decisiones y acciones

A todas las personas que resuciten después de esos mil años, Dios les dará el tiempo necesario para que demuestren con sus acciones y decisiones si realmente creen en Jesucristo como su Salvador y se someten a su camino de vida, rindiéndole completamente su propia voluntad. Jesús declaró: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que *hace la voluntad de mi Padre* que está en los cielos” (Mateo 7:21).

Las mentes de aquellas personas que participen en esta segunda resurrección serán abiertas a la verdad del plan de Dios. Ellos tendrán la oportunidad de decidir si están dispuestos a hacer o no la voluntad del Padre. Después de que sus ojos sean abiertos a las verdades espirituales que les sean reveladas, serán juzgados según sus obras, es decir, conforme a la manera en que respondan a este nuevo entendimiento. Tendrán la misma responsabilidad que han tenido todos los demás participantes en el plan de Dios. Tendrán la oportunidad de desarrollar la fe en Jesucristo y demostrar por su modo de vivir el grado de su creencia y compromiso con los caminos de Dios.

El hecho de que seamos juzgados de acuerdo con nuestras obras no significa que podemos *ganarnos* el don de la salvación. Lo que significa simplemente es que la persona demuestra, por su modo de vivir, si cree en Jesucristo o no y si está dispuesta a obedecer la voluntad del Padre (Mateo 7:21). Una persona que esté viviendo de acuerdo con este compromiso demostrará, con los frutos de su vida, los resultados positivos de la decisión que ha tomado (Gálatas 5:22-23; Santiago 2:14-26).

¡El plan de Dios es completo y perfecto! De acuerdo con este plan, tal

como él ha prometido, ofrecerá la salvación a todas las personas que hayan existido (Efesios 1:9-10).

¿En qué consiste el juicio?

Como estudiamos anteriormente, Jesucristo aludió al hecho de que habrá más de una resurrección cuando dijo: “. . . vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación” (Juan 5:28-29).

El significado más común de la palabra *krisis*, traducida como “condenación” en este versículo, es “juicio”; esta palabra se refiere más a un *proceso de examinación* que a un acto de castigo. *Krisis* significa “el proceso de investigación, el acto de distinguir y de separar . . . un juicio, una sentencia sobre una persona o cosa”. *Krisis* debe distinguirse de *krima*, que significa “la sentencia pronunciada, un veredicto, una condena, la decisión resultante de una investigación” (W.E. Vine, *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, 1984, vol. 1, pp. 290-291). En la Biblia de Jerusalén el versículo 29 se traduce de esta forma: “Y saldrán los que hayan hecho el bien para una resurrección de vida, y los que hayan hecho el mal, para una resurrección de juicio”.

Como ya vimos, aquellos que sean llamados en este tiempo y respondan creyendo y obedeciendo lo que Dios dice, recibirán el don de la vida eterna al retorno de Cristo. Ellos no tendrán que pasar por ese período de juicio (Juan 5:24) porque están siendo juzgados ahora (1 Pedro 4:17). Este juicio es el *proceso* en el que los que actualmente son llamados por Dios tienen esta alternativa: responder fielmente a la verdad y con el tiempo producir abundante fruto (Juan 15:2-8; Gálatas 5:22-23), o rechazar su llamamiento (2 Pedro 2:20-22).

Conforme al plan maestro de Dios, finalmente todos los demás también serán juzgados a su debido tiempo, porque “Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala” (Eclesiastés 12:14). Ese también será un *período* de juicio, el cual tendrá lugar a partir del momento de la “resurrección de juicio” que mencionó Cristo.

¿Cuándo se llevará a cabo este juicio?

¿Cuándo ocurrirá esta resurrección para el juicio? Apocalipsis 20:11-12 nos habla de un tiempo de mil años después del retorno de Cristo y de “la primera resurrección” (vv. 4-7). A Satanás se le impedirá que siga engañando a la humanidad (v. 10) y los muertos volverán a la vida para ser juzgados (vv. 12-13). La palabra griega que aquí es traducida como “juzgados” es *krino*, que significa “separar, seleccionar, elegir; de ahí, determinar, y de

ahí juzgar, pronunciar juicio” (Vine, *op. cit.*, vol. 2, p. 281).

Aquellos “muertos, grandes y pequeños” que estarán delante de su Creador serán las personas que hayan muerto sin haber tenido el conocimiento del verdadero Dios y del propósito que él tiene con ellos. Los libros (*biblia*, en griego) son las Escrituras, la fuente del conocimiento que conduce a la vida eterna. Todas las personas que resuciten a la vida física en esta resurrección serán levantadas de la tumba (*Hades*) y del mar (v. 13) y por fin tendrán la oportunidad de entender totalmente el plan que Dios tiene para ellos.

Esta resurrección no será una *segunda* oportunidad de recibir la salvación; para estas personas será la *primera* oportunidad de conocer realmente a Dios. Todos los que participen en esta resurrección serán “juzgados según sus obras, por las cosas que [están] escritas en los libros, según sus obras” (v. 12). A medida que ellos tengan la oportunidad de escuchar, de entender y de crecer en el camino de vida de Dios, este juicio estará llevándose a cabo para que sus nombres puedan ser inscritos en el libro de la vida (v. 15).

Debemos tener en cuenta dos principios importantes. Primero, como hemos visto, todos tendrán la misma oportunidad de arrepentirse y de ser perdonados de tal manera que puedan recibir la vida eterna. Segundo, que algunos, por su propia voluntad y decisión, *no* recibirán el maravilloso don

¿Serán algunos torturados para siempre en el lago de fuego?

“El diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 20:10).

¿Quiere decir esto que la bestia y el falso profeta serán atormentados eternamente?

Tanto la bestia como el falso profeta serán seres humanos. Ellos serán lanzados vivos al lago de fuego: “La bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que había hecho delante de ella las señales con las cuales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia, y habían adorado su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre” (Apocalipsis 19:20).

Vemos en Apocalipsis 14:10-11 y Marcos 9:47-48 que todo ser humano que sea lan-

zado al lago de fuego perecerá, porque el fuego lo consumirá. Su castigo será eterno, pero no será atormentado eternamente.

Cabe señalar en este punto que la palabra *estaban* de Apocalipsis 20:10 no aparece en el texto griego, sino que fue agregada por los traductores para facilitar la lectura del versículo. Hubiera sido más claro si hubieran puesto “habían estado”, porque así el versículo daría a entender que el diablo será arrojado en el lago de fuego —en el que habrán estado la bestia y el falso profeta— para ser consumidos y destruidos.

Satanás y los demonios (los ángeles rebeldes) son seres espirituales y, por lo tanto, inmortales. Ellos son los únicos que van a ser atormentados para siempre (Mateo 8:29; 25:41; ver también el recuadro titulado “Lo que la Biblia dice acerca del ‘infierno’”, pp. 32-33).

de la vida eterna. Al respecto, Juan escribió: “La muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego” (vv. 14-15).

¿Quiénes son los que no se encuentran inscritos en el libro de la vida? Debemos recordar que para esa época Dios ya les habrá dado a todos la oportunidad de recibir y de aceptar el don de la vida eterna, representada en estos versículos por el libro de la vida. Aquellos cuyos nombres no estén inscritos allí, serán los que con sus decisiones y sus obras hayan *escogido* rechazarla. Dios no *obligará* a nadie para que reciba la vida eterna. Si la persona voluntariamente *escoge* no arrepentirse y no ser incluida en el plan de Dios, esta persona será juzgada de acuerdo con sus acciones y será destruida. Esto es un acto de misericordia, porque una persona en tales condiciones no haría más que causarse desgracia e infelicidad perpetuamente.

¿Serán atormentados eternamente los incorregibles?

Hemos comprobado que el hombre es mortal. La muerte se compara con un sueño profundo, un estado de inconsciencia. Una de las razones por las que Dios nos ha dado una vida física, temporal, es porque si rechazamos sus condiciones y estipulaciones para tener la vida eterna, nuestras vidas pueden ser misericordiosamente terminadas.

Muchas personas creen que existe un infierno permanente, ya sea un fuego literal o una condición de tormento espiritual en el cual las personas son torturadas eternamente, pero la Biblia no enseña que exista tal cosa. Dios es un Dios amoroso, un Padre misericordioso que no quiere someter a ninguna persona a ese destino.

En un versículo muy conocido el apóstol Pablo escribió: “La paga del pecado es *muerte*, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 6:23). La vida eterna es un *regalo* que Dios les dará a todos los que lleguen a formar parte de su familia para siempre. La muerte, sin ninguna esperanza de resurrección, está reservada para los que rechacen el ofrecimiento que Dios les hace de tener vida eterna en el Reino de Dios. Aquellos que no quieran recibir este regalo no serán torturados eternamente; sencillamente *dejarán de existir*.

Los impenitentes serán castigados

Ya hemos aprendido que debido a que la vida humana es física, todos tienen que morir (Eclesiastés 3:2; Hebreos 9:27). La muerte forma parte del devenir natural de la vida. Aquellos que Dios llame en este tiempo y que cumplan el propósito de su vida física serán resucitados al retorno de Cristo y recibirán la vida eterna. Los que no hayan sido llamados serán resucitados a una existencia física para ser juzgados; es decir, se les dará la oportunidad

de tener la vida eterna. Quienes voluntaria y deliberadamente rechacen el sacrificio de Jesucristo y la vida eterna que viene por medio de él, serán lanzados al lago de fuego (Apocalipsis 20:15).

Jesucristo dijo que algunos estarían dentro de esta categoría. Él les advirtió a los fariseos en Mateo 23:33: “¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno?” Más adelante, dijo que los justos recibirán la vida eterna, pero los impíos irán al castigo eterno (Mateo 25:46). Debemos entender que Jesucristo no dijo que los condenados serán torturados eternamente, sino que el castigo será eterno. El castigo será la muerte —muerte eterna— porque ya no habrá más oportunidad de resurrección (Apocalipsis 20:14).

Tal vez algunos piensen que esto es cruel, pero hay que tener en cuenta que Dios es el Creador de la vida. Él tiene el poder y la autoridad para quitar la vida a todos aquellos que decidan rechazar el propósito por el cual fueron creados. Debido a que el pecado siempre trae desdicha y sufrimiento, este es realmente un acto de gran misericordia.

A lo largo de los años, algunos han recibido la oportunidad de tener vida eterna por medio de Jesucristo, pero la mayor parte de la humanidad aún no ha recibido la oportunidad de entender el plan de Dios. Como Jesús explicó en la parábola del sembrador (Mateo 13:3-23), por diversas razones —la mayor de las cuales es sin duda la poderosa influencia engañosa de Satanás y sus demonios— algunos de los que han sido llamados no han respondido positivamente a ese llamado de Dios. Todo esto se resolverá a su debido tiempo en el juicio de un Dios misericordioso.

Las Escrituras nos muestran, sin lugar a dudas, que el gran deseo de Dios es darnos la vida eterna, y que él no quiere que fallemos por ningún motivo (Judas 21-24; Romanos 8:31-32; 2 Timoteo 4:18; Lucas 12:32). A todos se les dará la oportunidad de creer en Jesucristo, arrepentirse de sus pecados, recibir el Espíritu Santo y demostrar mediante sus acciones y su forma de vivir que en realidad aceptan el compromiso con Dios. Éstos heredarán la vida eterna. La vida eterna les será negada solamente a aquellos que decidan deliberadamente —de manera voluntaria y consciente— desafiar a Dios y rechazar el sacrificio de Jesucristo (Hebreos 6:4-6; 10:28-31; Apocalipsis 21:8).

Aun la muerte definitiva en el lago de fuego de todos aquellos que sean impíos y malvados (Malaquías 4:1-3) es un acto de misericordia y de justicia por parte de Dios. Lo único que se lograría al permitir que personas corruptas continuaran viviendo sin arrepentirse, en eterna rebeldía, sería que con sus vidas causaran gran sufrimiento y angustia tanto a sí mismos como a los demás. Dios no les dará ni vida eterna ni tormento eterno. Tanto su alma (vida, mente, conciencia) como su cuerpo serán completamente destruidos (Mateo 10:28).

Resumen

Cuando Jesucristo regrese, ofrecerá la salvación a toda la humanidad. Todo aquel que viva en el período de mil años que seguirá inmediatamente después de su retorno, tendrá la oportunidad de recibir la vida eterna por medio de Cristo.

Cuando haya terminado el Milenio, serán resucitados todos aquellos que

Lázaro y el hombre rico: ¿Prueba del cielo y el infierno?

Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino, y hacía cada día banquete con esplendor. Había también un mendigo llamado Lázaro, que estaba echado a la puerta de aquél, lleno de llagas, y ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico; y aun los perros venían y le lamían las llagas.

“Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue sepultado. Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. Entonces él, dando voces, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama.

“Pero Abraham le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado. Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allá pasar acá.

“Entonces le dijo: Te ruego, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento.

“Y Abraham le dijo: A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos.

“Él entonces dijo: No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos,

se arrepentirán.

“Mas Abraham le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantara de los muertos” (Lucas 16:19-31).

Un relato alegórico

Al analizar esta parábola a la luz de otros pasajes acerca de la muerte y la resurrección, nos damos cuenta de que este relato es una alegoría cuyo propósito es enseñarnos varias lecciones espirituales muy importantes. No debemos interpretarla literalmente, porque no es una descripción real de los acontecimientos que ocurren ni después de la muerte de alguien ni después de su resurrección.

Un análisis acerca del contexto en que fue dada esta alegoría dice: “Esta parábola sigue un patrón definido, muy común en el pensamiento egipcio y judío, que consiste en que los hombres ricos e impíos y los hombres pobres y piadosos experimentan un cambio de posición después de la muerte. Esta historia es narrada desde el punto de vista del hombre rico . . . quien desde el lugar de su tormento le habla a Abraham . . .

“En el concepto judío del Hades . . . los buenos y los malos se encontraban separados por una sima imposible de franquear. Desde el otro lado de la sima el rico le imploraba a Abraham que le enviara a Lázaro para que lo consolara. Cuando se dio cuenta de que esto era imposible, comenzó a rogarle que enviara a Lázaro adonde sus hermanos para que les advirtiera de lo que les esperaba.

hayán vivido y hayan muerto sin haber recibido la oportunidad de ser salvos. A ellos también les será ofrecido el don de la vida eterna y serán juzgados según sus obras. Sin embargo, en su infinita misericordia, Dios destruirá a todos aquellos que rechacen su plan y su camino de vida y se nieguen a arrepentirse de sus pecados para someterse al Rey de reyes y Señor de señores, Jesucristo.

Abraham le dijo que si no le habían creído a Moisés, tampoco le creerían a alguien que hubiera vuelto de la muerte.

"En esta parábola . . . se advierte a los ricos que su futuro no está garantizado por sus posesiones y riquezas. Parece ser que esta parábola estaba dirigida contra los saduceos, que pensaban que como no había nada después de la muerte, lo único que contaba era lo que se tuviera en esta vida. Por esto Abraham le dijo al hombre rico que ni siquiera una persona que volviera de la muerte podría convencer a los vivos de que era necesario arrepentirse" (*The International Standard Bible Encyclopedia* [Enciclopedia internacional general de la Biblia], 1986, vol. III, p. 94).

Una lección espiritual

Jesús se valió de una historia que muchos conocían para enseñarles una lección espiritual a todos aquellos que decían identificarse con la ley, pero no la guardaban. La lección principal de este relato es muy sencilla: la recompensa que tendremos eternamente depende de las decisiones que ahora tomemos y de la clase de personas que seamos.

Lázaro tenía una relación cercana con Abraham (v. 22); es decir, por medio de las promesas hechas a Abraham, él había llegado a ser un heredero del Reino de Dios. Otros pasajes (Hechos 7:2-5; Hebreos 11:8-13) nos dicen que Abraham aún no ha recibido lo que Dios le prometió; por lo tanto, Lázaro tampoco lo ha recibido aún.

El hombre rico murió. Cuando resucitó del sepulcro (*hades*), se dio cuenta de que

iba a ser destruido por el fuego. El tormento que experimentó (vv. 23-24) se debió a su angustia mental. Había perdido todo por rechazar a Jesucristo y negarse a obedecer a Dios. La "gran sima" que había entre ellos (v. 26) representaba la gran diferencia entre las recompensas: Lázaro recibiría la vida eterna, mientras que el hombre rico sería destruido en el lago de fuego.

Como hemos aprendido, los muertos nada saben (Eclesiastés 9:5, 10; Salmos 6:5), por lo que el rico no podía haberse percatado del tiempo que había transcurrido desde el momento de su muerte. La conversación con Abraham no es algo literal; es una parábola que alegóricamente nos enseña una lección muy importante. Al darse cuenta el hombre rico de que por las decisiones que había tomado en su vida iba a ser destruido eternamente, suplicaba que alguien fuera enviado a sus hermanos y les advirtiera para que no les sucediera lo mismo (vv. 27-31).

Pero la conclusión de la parábola nos confirma que las consecuencias del pecado ya están descritas muy claramente en la Palabra de Dios. Si ellos no habían escuchado estas advertencias, tampoco escucharían la voz de uno que hubiera resucitado de la muerte. Poco tiempo después de enseñar esta parábola, Jesucristo fue crucificado y levantado de la muerte. Aquellos que no habían querido oír a Moisés y a los profetas, tampoco quisieron oír a Jesús aunque había sido resucitado.

Esta parábola nos enseña que si rechazamos la enseñanza de Dios, las consecuencias serán desastrosas: seremos destruidos para siempre en el lago de fuego.

Las etapas del duelo

En su gran amor por nosotros, Dios nos ha revelado las respuestas a algunos de los más grandes interrogantes que tenemos: ¿Qué es la vida? ¿Qué es la muerte? ¿Qué sucede después de la muerte? Nosotros podemos ser consolados por el conocimiento del plan que Dios tiene para el hombre y el entendimiento de que la muerte es tan sólo una separación temporal. Dios promete que por medio de la resurrección seremos reunidos con nuestros seres queridos. Este conocimiento nos ayuda a enfrentar con más tranquilidad la pérdida que sentimos cuando muere un ser amado. Sin embargo, no podemos negar el dolor que experimentamos ante la muerte. Lloramos y nos lamentamos. ¿Cómo podemos afrontar nuestro dolor? ¿Cómo podemos consolar a los que están sufriendo?

El dolor producido por la muerte de un ser querido es una experiencia profundamente personal y sumamente traumática. Para afrontarlo adecuadamente, puede ser de beneficio conocer el proceso del duelo. Los que han estudiado el tema han identificado las etapas del duelo, algunas de las cuales son: negación, ira, negociación, depresión y aceptación.

Con el fin de ayudarlo a entender en qué consiste este proceso y cómo puede enfrentar más adecuadamente la muerte, examinaremos brevemente cada etapa. Recordemos, sin embargo, que no todos los dolientes experimentan estas etapas en la misma secuencia. Algunos pueden experimentar más intensamente ciertas emociones, en tanto que otros no, y algunos pueden experimentar simultáneamente varias de estas emociones. Además, el hecho de que uno haya pasado por ciertas etapas no quiere decir que no pueda volver a experimentar algunas de ellas. La experiencia de cada persona es distinta.

Negación

Cuando una persona pasa por la etapa de negación, puede presentar síntomas físicos como los que experimenta cualquier víctima de un evento traumático. Estos son: sudoración intensa, desmayos, náusea y/o taquicardia. La mente y las emociones se ven abrumadas; algunos simplemente no son capaces de enfrentar la realidad de la muerte.

Algunos se retraen del mundo que los rodea; otros piensan que están teniendo una pesadilla de la que pronto van a despertar. Tal vez sea un mecanismo de defensa que Dios nos ha puesto para ayudarnos en esos momentos difíciles. Es en esta etapa donde empezamos a enfrentar y ordenar nuestros sentimientos, acorde a nuestro ritmo y conveniencia.

En esta parte del proceso debemos tener en cuenta varios detalles impor-

tantes: es conveniente que la persona pueda expresar sus pensamientos y sus emociones, porque las personas afligidas están experimentando una profunda pérdida; necesitan un poco de alivio y requieren del cuidado de los demás, y es

muy importante que puedan expresar lo que están sintiendo y viviendo. Si queremos ayudar a un doliente, debemos permitirle hablar francamente acerca de la muerte de su ser querido y de las circunstancias que rodearon su muerte.

Permitamos que exprese por qué amaba tanto a la persona que murió, qué cla-



No importa cuán grande sea su dolor, hágale saber que no está sola, que hay personas dispuestas a ayudar en lo que sea necesario.

se de relación tenía con ella y qué era lo que la hacía diferente a los demás. Para poder afrontar su aflicción es necesario que sienta que puede expresarse libremente y que puede comunicar abiertamente los sentimientos de dolor y soledad que está viviendo.

En momentos como estos, el apoyo de los amigos y la familia es muy importante. Como se dice en el libro de los Proverbios: “En todo tiempo ama el amigo, y es como un hermano en tiempo de angustia”, y: “Amigo hay más unido que un hermano” (Proverbios 17:17; 18:24). Algún día la persona afligida estará dispuesta a hacer lo mismo por nosotros. No importa cuán grande sea su dolor, hágale saber que no está sola, que hay personas dispuestas a ayudar en lo que sea necesario.

A veces, en estas ocasiones las personas no son capaces de velar por sus necesidades físicas. Muchas veces, lo último que se les pasa por la mente es tener cuidado de sí mismas y de su salud. Es bueno que les ayudemos a recordar que sus vidas también son importantes.

Cuando estamos experimentando esta clase de dolor es muy fácil quedar emocional y físicamente exhaustos. Para poder enfrentar más adecuadamente lo que estamos viviendo, es muy importante que nos alimentemos de manera saludable.

El ejercicio puede ser una forma muy práctica de descargar la ira y la frustración que sentimos. Nos ayuda a dormir mejor y estimula el apetito. El

ejercicio puede ser algo tan sencillo como caminar durante 20 minutos varias veces a la semana.

El descanso también es importante. El dolor emocional nos deja exhaustos, de manera que no dormir lo suficiente agravará el problema.

Ira

A medida que la negación comienza a desaparecer, la tendencia natural es echarle a alguien la culpa de nuestro dolor y sufrimiento, pero esto no suele ser racional. Incluso podemos sentirnos enfadados con la persona que se murió por hacernos sentir lo que estamos sintiendo con su muerte, o podemos sentir enojo por el momento en que ocurrió la muerte. Esta ira también puede manifestarse en contra de otras personas, por ejemplo, el médico, el personal del hospital, los demás miembros de la familia y hasta Dios mismo. Podemos preguntarnos por qué Dios no intervino, por qué no impidió la muerte. También podemos sentirnos culpables nosotros mismos.

La ira es una emoción muy poderosa que puede destruirnos o puede ayudarnos. En Efesios 4:26 Dios nos exhorta: “Airaos, pero no pequéis”. Podemos encauzar positivamente la energía generada por la ira. Por ejemplo, podemos hacer todos esos trabajos en la casa que hemos estado aplazando desde hace mucho tiempo; tal vez podamos tomar clases, interesarnos por nuevos pasatiempos, etc. Una de las mejores formas de utilizar nuestras energías de una manera positiva es interesarnos por el bienestar de los demás. Ayudarles a otros a llevar sus cargas nos ayudará enormemente en estos momentos de dolor y sufrimiento.

Negociación

En esta etapa algunos quieren “negociar” con Dios. Se imaginan que si le prometen hacer esto o aquello, Dios hará que las cosas vuelvan a ser como fueron al principio. Muchos tratan de entender la muerte del ser querido; esto es una parte normal del proceso del duelo. Sin embargo, llega un momento en el que entienden que no es posible negociar la muerte. Para que podamos tener esperanza y dar pasos positivos, es necesario que aceptemos la realidad de los hechos.

Aquellos que están sufriendo y tratando de entender la pérdida de un ser querido no deben dejar de lado la verdadera fuente de información que contiene todas las respuestas al respecto: la Palabra de Dios, *la Biblia*.

Como hemos explicado a lo largo de este folleto, Dios está llevando a cabo un magnífico plan. Cada uno de nosotros y de nuestros seres queridos ocupa un lugar muy importante dentro de este plan, y Dios no quiere que el dolor y el sufrimiento nos dejen sin ninguna esperanza. Con esto en mente, recordemos lo que dijo el apóstol Pedro: que debemos echar toda nuestra

ansiedad sobre Dios, porque él tiene cuidado de nosotros (1 Pedro 5:7).

Depresión

Tarde o temprano, la realidad se impone y nos vemos obligados a reconocer que es necesario que continuemos en la vida sin nuestro ser querido. Es muy común que comencemos a atormentarnos con pensamientos tales como: ¿Por qué no hice esto o aquello? ¿Qué hubiera pasado si . . . ?

Para muchos, esta puede ser la parte más difícil. Los síntomas de esta etapa son: melancolía, falta de interés por el mundo que nos rodea, inapetencia, insomnio, sentimientos de culpabilidad, desolación, desesperanza e inferioridad.

En estos momentos puede ser de gran beneficio que recordemos todo lo positivo que hicimos y compartimos con nuestro ser amado. Los recuerdos positivos son de mucho valor. Podemos conservar siempre el recuerdo de estos momentos porque son parte de nosotros, un tesoro que nada ni nadie puede quitarnos.

A pesar de nuestro dolor no tenemos por qué caminar solos. Dios siempre está con nosotros, aun en tiempos de duelo. “Él dijo: No te desampararé, ni te dejaré; de manera que podemos decir con fiada: El Señor es mi

¿Cómo podemos ayudar a los enlutados?

Existen ciertas cosas que podemos hacer para ayudar a los que están sufriendo por la muerte de un ser querido. He aquí algunas recomendaciones:

- **Escuchar atentamente.** Estemos conscientes de que en las mentes y en los corazones de los que están sufriendo hay una pesada carga. Ellos necesitan saber que pueden llorar y lamentarse sin que nadie los critique ni los juzgue, especialmente aquellos con quienes comparten lo que están sintiendo. No debemos preocuparnos tanto por decir algo muy profundo. Esto no es lo que más necesitan aquellos que están sufriendo.

- **Demostrar compasión.** Cuando reconocemos que otros están sufriendo y queremos aliviar su sufrimiento, estamos siendo compasivos. Podemos demostrar nuestra compasión a los afligidos ayudándoles con las tareas que ellos tienen que hacer. Tal vez podamos

limpiar su casa y prepararla para las personas que vengan de visita. Podemos ayudar preparando algo de comida. Podemos preguntar si necesitan que cuidemos a los hijos a fin de que los padres tengan tiempo para estar solos. Realmente podemos ayudar en muchas formas prácticas.

- **Permanecer en contacto después del funeral.** No nos olvidemos de estas personas una vez que ha pasado el funeral. Inmediatamente después de la muerte de alguien, tal vez muchas personas estén cerca para acompañar a la familia. Pero ¿cuántos continuarán alentándolos después de unos días, semanas o meses? Cuando cada quien regresa a su rutina diaria, los que han perdido a un ser querido se dan cuenta con más intensidad de cuánto lo echan de menos. En esos momentos es cuando más necesitan nuestro apoyo y comprensión las personas que están sufriendo.

ayudador, no temeré . . .” (Hebreos 13:5-6).

En tales ocasiones es muy necesario mantener activa nuestra comunicación con Dios, porque él puede ayudarnos a superar nuestro dolor. Pidámosle valor y fuerzas para seguir adelante: “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Hebreos 4:16). Dios es quien “nos consuela en todas nuestras tribulaciones” (2 Corintios 1:3-4).

Aceptación

A medida que experimentamos el dolor, nos vamos dando cuenta de que es necesario comenzar una nueva etapa de nuestra vida. En otras palabras, llegamos a aceptar la realidad, y tenemos que adaptarnos a las nuevas circunstancias de esta nueva realidad. Somos fortalecidos emocionalmente por me-



Debemos recordar los aspectos positivos de la vida que compartimos con nuestro ser querido. Los recuerdos son invaluable, y siempre llevaremos con nosotros la imagen de los momentos que vivimos y disfrutamos con aquel que ya no está.

dio de la prueba que acabamos de pasar; poco a poco, la estabilidad emocional regresa y nuestras heridas se van curando.

Cada persona necesita un tiempo diferente para completar este proceso. Algunos seguiremos sintiendo ira, depresión o culpabilidad, pero esto no es necesariamente negativo. Lo que significa es que el ser querido dejó una huella muy profunda en nuestra vida y todavía lo extrañamos. Estos sentimientos son normales y no debemos sorprendernos por ellos.

Por supuesto, nadie puede ocupar el lugar del ser querido que perdimos pero llegamos al punto de reconocer que la vida continúa y es necesario que afrontemos los nuevos retos que ésta nos presenta.

El patriarca Moisés fue muy amado en la nación de Israel; sin embargo, llegó el momento en que Dios permitió que muriera. La nación tenía que proseguir su marcha aunque estuviera dolida por la muerte de su dirigente. “Aconteció después de la muerte de Moisés siervo del Eterno, que el Eterno

habló a Josué hijo de Nun, servidor de Moisés, diciendo: Mi siervo Moisés ha muerto; ahora, pues, levántate y pasa este Jordán, tú y todo este pueblo, a la tierra que yo les doy a los hijos de Israel” (Josué 1:1-2).

La vida continuó para Israel a pesar de la muerte de uno de sus más grandes héroes. “Nadie te podrá hacer frente en todos los días de tu vida; como estuve con Moisés, estaré contigo; no te dejaré, ni te desampararé. *Esfuérzate y sé valiente . . .*” (vv. 5-6).

Dios nos ha hecho la misma promesa en la actualidad. Necesitamos confiar en él. Si nos acercamos a Dios, él estará tan cerca de nosotros como lo estuvo de Moisés y Josué. Él estará con nosotros para ayudarnos a hacer frente a los desafíos de esta nueva etapa de nuestra vida. Si le somos fieles, Dios nos dará la misma fuerza y el apoyo que les dio a sus siervos Moisés y Josué. El apóstol Pablo escribió: “Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Filipenses 4:6-7).

Esto también pasará

El tiempo es un gran sanador de las heridas emocionales. Esto es especialmente cierto ante la pérdida de un ser querido.

En un discurso pronunciado en 1859, el presidente norteamericano Abraham Lincoln mencionó: “Se dice que un monarca oriental les encargó a sus sabios que inventaran una frase que siempre pudiera aplicarse, y que fuera verdad y apropiada en todas las situaciones. Ellos le obsequiaron con estas palabras: ‘Y esto también pasará’. Cuánto expresa esta frase. Cuán humillante en la hora de la soberbia. Cuán consoladora en la aflicción profunda”.

A pesar de lo dolorosa que nos pueda parecer la vida después de la muerte de un ser amado, debemos recordar que esto también pasará. Podremos volver a gozar de la vida. Con la ayuda de Dios, con el entendimiento de su gran propósito para la vida humana, y con la esperanza que tenemos del futuro, podremos encontrar la fortaleza para sobreponernos al dolor.

Salomón escribió: “Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora. Tiempo de nacer, y tiempo de morir . . . tiempo de curar . . . tiempo de llorar, y tiempo de reír; tiempo de endear y tiempo de bailar . . .” (Eclesiastés 3:1-4). La sanidad emocional vendrá; el tiempo de cantar, de reír y de bailar volverá.

La vida eterna vencerá a la muerte

La muerte siempre ha sido un enemigo del hombre. Trae consigo tristeza, soledad, desorientación. Pero no tiene por qué ser un misterio ni totalmente devastadora, y aunque sea inevitable, la muerte no es el fin de todo. Aunque a veces nos parezca injusta y arbitraria, la muerte no destruye el plan que Dios tiene para darnos vida eterna. Por medio de la resurrección, Dios va a reunirnos nuevamente con nuestros seres queridos y amigos, y va a extender sus promesas a todo ser humano que haya vivido alguna vez.

Llegará un momento en el cual la muerte misma será derrotada. Al hablar acerca de la resurrección que ocurrirá en el momento del regreso de Cristo, el apóstol Pablo declaró: “Es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” (1 Corintios 15:53-55). La vida eterna triunfará sobre la muerte, y la muerte será derrotada para siempre.

Si tenemos en mente la perspectiva de este futuro, tendremos esperanza en los momentos de gran dolor por la pérdida de un ser querido: “Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza” (1 Tesalonicenses 4:13).

¿En qué consiste la recompensa eterna?

Muchos se desaniman ante el solo pensamiento de tener vida eterna. Si hay tanto dolor y sufrimiento en esta vida presente, ¿para qué vivir eternamente? A otros, el concepto de eternidad se les antoja vago y poco interesante, y si vivir eternamente significa dejar todos los placeres de esta vida, les parece que no vale la pena hacer el esfuerzo. Prefieren experimentar ahora lo mejor que puedan tener en esta vida y dejar la preocupación acerca de la eternidad para algún otro momento.

¿No le parece interesante que a lo largo de todo este estudio en el que hemos leído tantos versículos, en ninguna parte de la Biblia hemos encontrado mención alguna acerca de ir a un lugar o condición llamado “el cielo”? Hemos visto que Dios desea darnos vida que dure para siempre. Las Escrituras nos

dicen que esto es más valioso que cualquier posesión física que podamos obtener (Colosenses 1:26-27; 2:2-3). ¿Qué estaremos haciendo por toda la eternidad? ¿Vale la pena realmente tener que esforzarnos y sacrificarnos ahora para poder recibir la vida eterna?

No olvidemos las limitaciones de la experiencia que tenemos como humanos. Dios es tan superior a nosotros que nos cuesta mucho entender cabalmente en qué consiste su forma de vivir (Isaías 55:9). Lo que Dios está preparando para nosotros está más allá de todo lo que podamos soñar o imaginarnos: “Como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman” (1 Corintios 2:9). Y en Efesios 3:20-21 leemos: “A Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea la gloria



Dios es el Creador. Él planea, construye, renueva; ha diseñado el universo, y muchísimo antes de crearnos formuló un plan y una recompensa para darnos una vida infinitamente estimulante y productiva dentro de su propia familia.

en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén”.

Dios está preparando nuestro futuro

Dios es el Creador. Él planea, construye, renueva; ha diseñado el universo y muchísimo antes de crearnos formuló un plan y una recompensa para darnos (Mateo 25:34). Dios está planeando darnos una vida infinitamente estimulante y productiva dentro de su propia familia (Juan 14:1-3). Lo único que podemos hacer es tratar de imaginarnos la clase de vida que quiere darnos eternamente, sin las limitaciones, frustraciones, dolor y sufrimiento que tenemos que afrontar en esta vida física.

No habrá más dolor, sufrimiento ni muerte. Al hablar acerca de “un cielo nuevo y una nueva tierra” el apóstol Juan escribió: “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron” (Apocalipsis 21:1, 4).

Al leer Apocalipsis 21 y 22 nos damos cuenta de que aquellos que re-

ciban la vida eterna vivirán en la nueva Jerusalén y disfrutarán de una verdadera relación familiar con Dios. Los principios que ahora estamos aprendiendo acerca de las relaciones interpersonales también serán aplicables entonces. Este es uno de los motivos por los cuales Dios desea que aprendamos y practiquemos sus caminos actualmente. Los principios del amor y la preocupación por los demás son eternos; siempre estarán vigentes.

La plenitud de lo que nos aguarda en la eternidad con Dios y Jesucristo está más allá de nuestra capacidad de comprender y expresar: “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, *seremos semejantes a él*, porque le veremos tal como él es” (1 Juan 3:2).

Juan afirma que Dios aún no ha revelado en su totalidad lo que tiene en mente para nosotros. Hemos estudiado profecías que nos llevan más de mil años después del regreso de Cristo. Como nos dice el apóstol Pablo, vemos las promesas y los conceptos espirituales en forma oscura o borrosa (1 Corintios 13:12); pero algún día, como también nos dice este versículo, veremos claramente.

Tenemos que tomar una decisión

¿Vale la pena buscar el Reino de Dios en lugar de buscar los placeres pecaminosos de este mundo? Muchas personas no están seguras al respecto, pero en la Biblia se nos asegura que la promesa que Dios nos ha hecho de darnos vida eterna es digna del esfuerzo, la lucha y las dificultades de la vida y la muerte que tengamos que afrontar: “Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de *gloria*; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas” (2 Corintios 4:16-18).

Al fin y al cabo, la vida eterna es cuestión de fe (Juan 3:16). La fe no es un sentimiento vago y placentero de que Jesús ya ha hecho todo por nosotros, sino que es una actitud mental que se manifiesta en todo lo que *somos* y *hacemos*, porque las obras demuestran lo que creemos (Santiago 2:20-24). En resumidas cuentas, no nos queda más que creer que todo lo que tengamos que hacer para poder resistir y perseverar hasta el fin, bien valdrá la pena cuando heredemos la vida eterna (Romanos 8:18; Filipenses 3:12-14).

¿Cómo nos afecta la muerte?

El hecho de aprender más acerca de la vida, la muerte y lo que ocurre después de la muerte debe causarnos el impacto suficiente como para cambiar nuestra forma de vivir. Este conocimiento debe hacernos reflexionar

sobre qué vamos a hacer con el precioso don de la vida y si lo estamos usando o no como preparación para la vida eterna que Dios nos está ofreciendo.

El Salmo 90, que fue compuesto por Moisés, subraya el contraste entre el poder de Dios y la fragilidad del hombre. Nos describe la perspectiva que Dios tiene del tiempo, el breve momento que es nuestra vida, y el castigo que es necesario en ciertas ocasiones para corregir la forma de obrar del hombre. En los versículos 10-12 leemos: “Los días de nuestra edad son setenta años; y si en los más robustos son ochenta años, con todo, su fortaleza es molestia y trabajo, porque pronto pasan, y volamos. ¿Quién conoce el poder de tu ira, y tu indignación según que debes ser temido? Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría”.

Desafortunadamente, muchas personas entienden que la vida es corta cuando ya ha transcurrido la mayor parte de ella. Debemos aprender a contar nuestros días, manteniendo siempre presente que nuestro tiempo se acabará y que debemos hacer lo posible por lograr lo máximo con la vida que se nos da. Salomón nos exhortó para que recordáramos a nuestro Creador en los días de nuestra juventud (Eclesiastés 12:1).

¿Qué vamos a hacer ahora?

El apóstol Pedro escribió acerca de la culminación del plan de Dios; profetizó acerca de un tiempo en el cual todas las cosas físicas serán quemadas y reemplazadas con cielos nuevos y tierra nueva. Luego planteó una pregunta fundamental: ¿Qué va a pasar con nuestras vidas después de tener este conocimiento? “El día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán desechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas. Puesto que todas estas cosas han de ser desechas, *¿cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir!*” (2 Pedro 3:10-11).

Cuando entendemos el significado de la vida, la muerte y lo que sigue después de esta vida física, este conocimiento nos puede dar consuelo y aliento cuando tenemos que afrontar la muerte. También debe causarnos un gran impacto y motivarnos a arrepentirnos de nuestros pecados y a someternos humildemente a Dios. El saber que hemos recibido esta vida física para prepararnos para una vida eterna que vendrá más adelante debe estimularnos a volvernos a Dios de tal manera que él pueda llevar a cabo su propósito en nosotros.

Direcciones

Puede enviar sus comentarios, preguntas o solicitudes a cualquiera de estas direcciones:

Argentina: Casilla 118, Centenario, Neuquén

Bolivia: Casilla 8193, Correo Central, La Paz

Chile: Casilla 10386, Santiago

Colombia: Apartado Aéreo 246001, Bogotá D.C.

Estados Unidos: P.O. Box 541027,
Cincinnati, OH 45254-1027
Teléfono: (001) (513) 576-9796
Fax (001) (513) 576-9795

Guatemala: Apartado Postal No. 42- F,
Ciudad de Guatemala

Perú: Apartado 11-073, Lima
Apartado 923, Trujillo

Correo electrónico: info@ucg.org

Sitios en Internet: iduai.org

lasbuenasnoticias.org